

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 764.

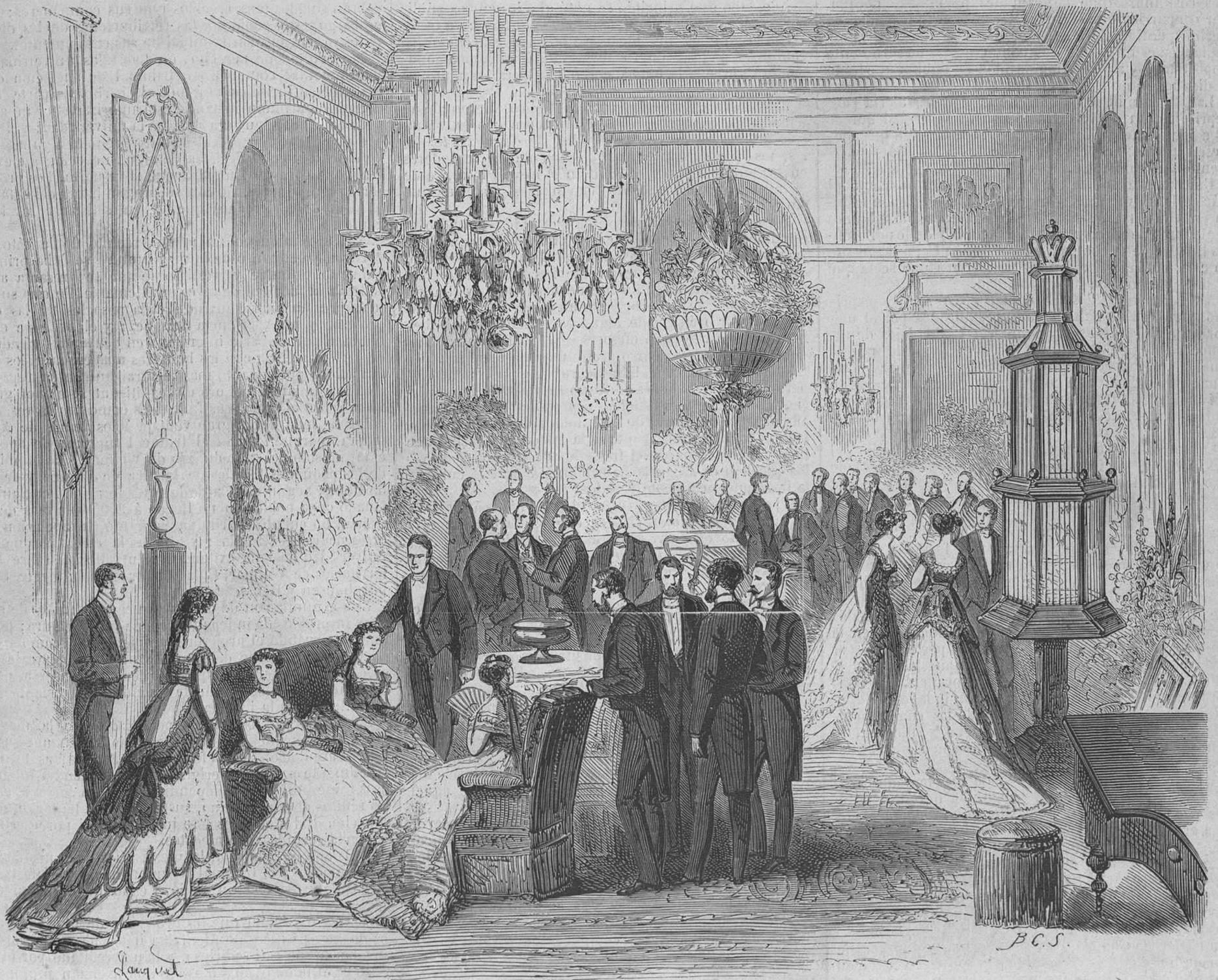
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Recepcion del rey de Portugal en el palacio de Meudon; grabado. — Costumbres de las universidades de Alemania.

— Las campanas. — El sultan en Viena; grabado. — Las Amazonas cretenses; grabado. — El bandolerismo en los Estados pontificios; grabado. — Revista de Paris. — Poesias. — El castillo de Solera ó el cántaro milagroso. — Aspecto

general de la fiesta nacional del 15 de Agosto; grabado. — Artistas célebres. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Oliverio. — Púlpitos de la iglesia de Altkirck y de la iglesia Saint-Ouen, en Ruan; grabados.



Recepcion del rey de Portugal en el salon-invernáculo del palacio de Meudon, por SS. AA. II. el principe y la princesa Napoleon

Recepcion del rey de Portugal

EN EL PALACIO DE MEUDON.

El primer grabado de este número consagra el recuerdo de la fiesta de carácter íntimo que el príncipe y la princesa Napoleón dieron en el palacio de Meudon al rey de Portugal y al príncipe Humberto. La joven reina estaba indispuesta y no pudo asistir á esta comida de familia que reunió á los príncipes y las princesas de las tres cortes de Francia, Italia y Portugal. La reunion fué de las mas cordiales. El servicio de la comida era una obra maestra de elegancia y de buen gusto. La mesa parecia un inmenso canastillo de flores y ofrecia un bellissimo aspecto. Nuestro grabado representa á los convidados en el salon-invernáculo, que es el mas hermoso de todos los del palacio. R. DE M.

Costumbres de las universidades

DE ALEMANIA.

Las universidades de Alemania han contribuido tan poderosamente á los progresos de aquella filosofía abstracta, de aquella literatura sin freno ni reglas, y de aquella vasta erudicion, que forma el estado actual de las letras de aquel pueblo, que casi pudieran mirarse como su causa exclusiva. Han producido por otra parte en una época no muy remota tantos héroes de batallas y presentan por fin al observador cuadros de costumbres tan interesantes y variados, que se nos perdonará, si, movidos por estas causas, damos aquí algunos pormenores acerca de la organizacion de aquellos establecimientos y de su *burschenleben* (vida de camarada), pues este es el nombre con que los estudiantes alemanes designan su modo de vivir y la libertad de costumbres que lo caracteriza.

Las ciudades cuya poblacion es enteramente universitaria son mucho mas á propósito para estudiar aquellas costumbres que las capitales populosas, porque, por concurrencia que sea, por ejemplo, la universidad de Berlin, perdida entre sus moradores la mole de los estudiantes, es imposible que conserve aquella turbulenta importancia y aquella singularidad de hábitos que tanto la distinguen en Hala y en Jena.

La policía militar de Berlin está siempre alerta para reprimir el mas leve extravío con la severidad que le es característica; y fuera de esto, no es creible que quisiesen los escolares parecer ridículos á los ojos de doscientos mil habitantes.

Unicamente en las ciudades donde forma como el núcleo la universidad, y cuyos moradores tienen librada en ella su subsistencia, dependiendo de algunos centenares de jóvenes que han acudido de los diferentes Estados de la confederacion germánica; unicamente en estas ciudades forman los estudiantes una secta que se presenta en toda su originalidad.

Allí componen ellos un público aparte, cuyos caprichos y rudeza no han sido aun modificados por el menor tinte de civilizacion extranjera, y que lejos de reconocer la subordinacion, hasta rehusa la misma igualdad. Entre tales ciudades ocupa el primer puesto Jena; y examinando la constitucion y costumbres de su universidad, se tendrá una idea de las de todos los establecimientos de esta clase de que se gloria la Alemania.

La universidad de Jena fué fundada á mediados del siglo XVII, á expensas comunes, por los príncipes de Sajonia Weimar, Gota, Coburgo y Meinungen, y de esta suerte vino á ser una propiedad indivisa de estos pequeños soberanos.

Segun lo establecido cuando la fundacion, todo profesor debia ser elegido de una terna formada por el claustro académico; pero esta regla ha caido en desuso, y hace ya mucho tiempo que el soberano provee directamente las cátedras vacantes.

Se ha supuesto que este privilegio del claustro habia dado lugar á muchos abusos, y que á menudo, en la formacion de las ternas, habian sido postergados por envidia hombres de gran mérito, y propuestas á la eleccion del príncipe la medianía ó la ignorancia.

Lo mismo en Jena que en las otras ciudades de Alemania, se compone la universidad de las cuatro facultades de teología, medicina, derecho y filosofía, se comprenden todas las ciencias que no se enseñan en las otras tres.

Así es que esta facultad consta de los elementos mas heterogéneos, tales como el griego y la química, la lógica y la mineralogía, las bellas letras y la botánica, etc.

La enseñanza está confiada á tres clases de profesores. Los *ordinarios* componen el cuerpo universitario, y eligen de entre los de su clase á los que han de componer el claustro académico; confieren los grados á los alumnos, nombran los dependientes de la universidad y ejercen su jurisdiccion. Estos tienen un sueldo fijo: en Jena hay veinte y ocho, cuatro para la teología, nueve para el derecho, cinco para la medicina, y diez para la llamada filosofía. Los *extraordinarios* son en cierto modo unos profesores voluntarios, que no forman corporacion,

ni ejercen ninguna autoridad, carecen de sueldo, ó en todo caso, lo tienen muy módico.

Por último, algunos jóvenes están autorizados, en virtud de su diploma de doctor, para enseñar en cursos privados, y están agregados á la universidad de la misma suerte que los profesores de idiomas, los maestros de esgrima, de equitacion, de baile, de música ó de dibujo; y hay muchos cursantes que miran á estos últimos como á los miembros mas útiles de la universidad, mereciéndoles mayor consideracion un diestro espadachin que el mas sabio jurisconsulto.

El sueldo de los profesores es muy modesto; y no cabe que sea de otro modo en uno de los países menos ricos de la Alemania. Generalmente es de 8,000 rs., un poco mas de lo que gasta anualmente un estudiante de Gotinga. Si hay algun profesor de mérito extraordinario se le conceden, á mas del sueldo, 100 ó 200 rixdalers (1). Esta modicidad no deja de perjudicar á su independencia, puesto que hace depender su bienestar de la mayor ó menor afluencia de alumnos que les pagan una retribucion por trimestres.

Semejante estado de cosas tiene sus ventajas é inconvenientes: es útil como toda competencia, pues precisa á los profesores á hacerse dignos de un numeroso concurso de oyentes, y es perjudicial porque les obliga á grangearse la popularidad á costa de la disciplina y á cerrar los ojos á los desmanes de aquella vida universitaria que en ninguna parte es tan licenciosa como en Jena.

La retribucion que paga cada alumno varia segun la reputacion del profesor: ordinariamente es de cinco rixdalers por año escolar; sin embargo hay cursos particulares en la facultad de medicina, en que la retribucion es de noventa reales. Los demás gastos del estudiante son á proporcion mucho mas crecidos.

La contribucion que pagan los estudiantes es de origen muy reciente en Alemania. Al principio todos los cursos de las universidades eran gratuitos, y por consiguiente bastante descuidada la enseñanza. Michaelis de Gotinga fué el primero que se declaró contra aquel sistema, y su ejemplo halló muchos imitadores.

Hé aquí cómo discurrían los profesores; nuestros estatutos nos imponen la obligacion de leer un curso gratuito; pero no nos prohiben que leamos otro, mediante una retribucion, á los alumnos que se avengan á ello; no desatendamos el primero, es nuestro deber; pero reservamos para el otro la instruccion mas nueva é interesante, y no tardaremos en ver acudir á este á la juventud estudiosa.

Adoptado este principio se notó que los cursos públicos ó gratuitos iban perdiendo todo su interés: ya no se recibían en ellos sino nociones vagas, superficiales é incompletas de los primeros elementos de la ciencia, quedando reservada la buena enseñanza para los alumnos contribuyentes.

Resultó de ahí que los cursos públicos fueron abandonados enteramente, y no se siguieron con exactitud sino los designados con el nombre de *cursos particulares*, los que se convirtieron realmente en verdaderos cursos públicos; pues se leían en el mismo local, desde la misma cátedra y sobre las mismas materias que aquellos.

Por esto se observa en el día que cuida tan poco el estudiante de asistir á un curso público, en la antigua acepcion de la palabra, como el profesor de enseñarlo. Y aun cuando este se propusiese hacerlo, dificilmente reuniría el número suficiente de discípulos, y si algunos persistían en pedirlo, pasarían á los ojos de sus camaradas por prófugos de algun establecimiento de beneficencia. Entre los profesores de Jena hay muy pocos que hayan leído un curso gratuito en toda su vida.

Si en un país rico debe procurar el gobierno mantener entre los profesores el fuego sagrado de la emulacion aumentando sus sueldos á proporcion de la mayor afluencia de alumnos, no está menos obligado en un estado pobre á consentir que á la modesta pension que tiene señalada añadan el fruto de sus laboriosos desvelos que han de asegurar la celebridad de sus cursos y la independencia de su posicion.

Si por un extraordinario acaso el cartel fijado á la puerta de la universidad anuncia un curso público, va siempre acompañado de estas palabras latinas: *horis et diebus commodis*, ó bien, *adhuc definiendis* (en los días y horas que designará el profesor, ó bien, que se señalarán mas adelante).

Muchas veces ninguna analogía presentan estas lecciones con la ciencia á que habitualmente se dedica el profesor. Así es, que he visto, por ejemplo, á M. Lentz, profesor de mineralogía y geología, anunciar un curso particular de estas ciencias, y otro público, *horá comoda*, sobre antigüedades de Alemania.

Hay profesores que abren cursos *muy particulares*, *privatissimè*, que hacen pagar mas caros que los otros; y regularmente en estos cursos *muy particulares* es donde el profesor de anatomía explica á Celso, y el de medicina da lecciones de magnetismo animal, especie de ciencia oculta á la que cuadra perfectamente aquel modo de enseñarla casi misterioso.

El magnetismo animal es empleado por la mayor parte de los médicos alemanes como medio terapéutico, y en Berlin hasta hay un hospital en que á todos los enfermos se les trata por este procedimiento.

El método de enseñanza en toda ciencia depende de la eleccion del profesor, y en esta parte llevan las universidades protestantes indisputables ventajas á las católicas, en las que, en las lecciones, todo, hasta los libros que han de servir de texto, está sujeto á reglas in-

variables. En aquellas es enteramente libre el profesor: el curso dura cinco meses, y el catedrático puede enseñar dos durante el año sobre la misma materia; pero generalmente adopta un plan mas favorable á sus intereses.

Divide el objeto de sus explicaciones en varios cursos, que hace marchar de frente, ya destinándoles diferentes días de la semana, ya dando sus lecciones unas tras otras, de suerte que les dedica dos ó tres horas diarias. De este modo si los profesores ganan mas, tienen tambien que poner mayor trabajo, y pueden los alumnos enterarse mas á fondo de todos los pormenores de la ciencia.

El célebre Michaelis se dedicaba, segun dicen, con tanto ahinco al desempeño de su profesion, que no descansaba sino los domingos.

En Jena, el doctor Stark, distinguido profesor de obstetricia, daba todos los días una leccion de hora sobre la teoría de su arte, otra de hora tambien en el hospicio sobre la práctica de los partos; dedicaba despues una hora á la enseñanza de la clínica, y otra á un curso sobre las enfermedades de los ojos, y por último daba una leccion de cirugía en la enfermería.

El doctor Keser, profesor no menos célebre de la misma facultad, enseñaba diariamente dos cursos de medicina, otro de magnetismo animal, y otro sobre la anatomía y fisiología de las plantas.

El primero de aquellos cursos de medicina tenia por objeto la patologia en general, y el otro, mas detallado, trataba de las flegmasias accidentales ó crónicas.

¿Qué dirían de esta actividad nuestros profesores, que, con emolumentos mucho mas cuantiosos, no dan sino por espacio de ocho meses á lo mas dos lecciones de hora diarias, y aun están anhelando la llegada de las vacaciones, que duran cuatro meses? ¿qué dirían si se les condenase á repartirse durante un año los trabajos académicos de sus colegas de Jena?

A estos se les obliga á enseñar dos cursos al año, sin mediar entre uno y otro mas intervalo que el de un mes, que alargan hasta seis semanas por medio de un trabajo impropio que les permite concluir algunos días mas pronto ó volver á empezar algunos días mas tarde. Los profesores de digesto dan dos lecciones al día de dos horas cada una, lo que es tan pesado para ellos como para los cursantes. Es verdad que por haberse considerado harto penosa esta tarea, si recaía en un solo profesor, ha sido repartida entre tres.

Los jurisconsultos que componen la facultad de leyes cobran sueldos mas crecidos que sus compañeros; sin embargo, estos sueldos y las retribuciones de los discípulos ni aun forman la mitad de sus emolumentos.

La facultad de derecho, en todas las universidades de Alemania, compone un tribunal de apelacion que extiende su jurisdiccion á todo el distrito. La parte condenada en primera instancia está autorizada por un acta de la confederacion para apelar á la universidad; y siempre que á los jueces locales se les presenta alguna grave dificultad en la decision de algun negocio, la elevan á aquella corporacion para que la resuelva. Los profesores, como jueces, no cobran ningun haber del Estado; pero sí unos derechos que deben satisfacer los litigantes.

A esta reunion en un mismo recinto de la cátedra doctoral y del banco de la magistratura se debe principalmente el lustre y prestigio de que se presenta aun rodeada la facultad de leyes en Alemania. De esta suerte se prestan mutuo auxilio á cada paso las teorías del profesor y la experiencia del juez; y el príncipe está tambien por su parte interesado en ocupar las cátedras de jurisprudencia con los hombres mas esclarecidos de la nacion; pues cuanto mas se atraigan con su reputacion la confianza y el oro de los litigantes, menos gravosas serán al erario sus funciones como profesores.

Los de Jena llevan gran ventaja á los demás de Alemania, porque forman el tribunal supremo de apelacion, no solo del gran ducado de Weimar, sino tambien de los pequeños Estados de la casa de Sajonia y de la de Reuss. Segun el acta de la confederacion, cualquier Estado cuya poblacion no llegue á 300,000 almas debe unirse, en cuanto al tribunal supremo de apelacion, á otros pequeños Estados; y esta es la causa porque la universidad de Jena extiende su jurisdiccion sobre los territorios de Weimar, Gota, Coburgo, Meinungen, Hilburghausen y Reuss.

Esta acumulacion de cargos parece que no ha de ser muy favorable á la independencia de la judicatura; porque aun cuando el profesor sea inamovible como magistrado, la voluntad del gran duque puede privarle de su cátedra, y es natural que su interés en conservar este título influya en su conducta cuando toma asiento en el santuario de la justicia.

Sin embargo, los apuros pecuniarios de la mayor parte de los principados de Alemania hacen necesaria esta acumulacion: en efecto, el estado de sus rentas dificilmente permitiría erigir un tribunal cuyos miembros fuesen del todo independentes, si no podían, con los réditos de otro destino, sustraerse á la tentacion del cohecho. Todas las causas se instruyen allí por escrito, á puerta cerrada y sin alegatos.

— Os enseñaré la sala, la mesa, las sillas, me decia un miembro del tribunal á quien habia manifestado deseos de presenciar un juicio, y es lo único que puedo hacer por vos.

Es muy particular que los profesores de Jena, que en los debates políticos de Alemania han dado pruebas de un liberalismo casi sedicioso, y han acreditado por otra parte gran talento, manifiesten una aversion profunda al juicio por jurados.

(1) El rixdalers convencional vale cerca de 23 rs. vn.

Pero si son enemigos del jurado, no sucede lo mismo con respecto á la publicidad en materias criminales: en cuanto á las civiles, la rechazan, so color de que el pueblo no toma en ellas ningun interés; que las cuestiones legales ó de sustanciación que ellas promueven están fuera de su comprensión, y que aun cuando pudiese comprenderlas, no tiene derecho de entrometerse en los asuntos particulares de los ciudadanos.

En Alemania no hay colegios, sino que todos los estudiantes se alojan en casas particulares, donde viven á su modo. A la hora señalada tienen obligación de asistir á la clase, pero nunca se pasa lista. Las lecciones son en alemán; y á excepcion del pequeño teatro de Weimar, no hay en todo el gran ducado salas mas acomodadas á la pompa de la elocución germánica que las de Jena, mayormente cuando el profesor toma por texto de sus explicaciones la historia nacional.

El edificio conocido bajo el nombre de *universidad* no es otra cosa mas que una biblioteca; ni se ve allí ninguna pieza que pueda servir de aula, como las que se hallan en todas nuestras universidades. Los profesores que tienen pocos discípulos los reúnen en su casa para las lecciones, y los demás pueden disponer al efecto de espaciosas salas situadas en diferentes puntos de la ciudad.

Ninguna sin embargo puede contener mas de doscientas personas, y en el día ni aun los profesores mas acreditados logran reunir un número tan considerable de oyentes. Con todo, no há mucho que el profesor de historia, que á un aventajado talento reunía gran popularidad, habia llegado á formarse un auditorio mucho mas numeroso.

Habiendo creido oportuno abrir un curso gratuito, fué tal la concurrencia que atrajo, que no solo llenaba la sala, sino tambien el patio, y hasta se vió en la precision de mandar abrir las ventanas á fin de que su voz sonora pudiese llegar sin esfuerzo hasta la multitud que estaba agolpada á la parte de afuera.

En todo el tiempo que dura la lección, los estudiantes guardan una admirable compostura, y á pesar de la rudeza de sus modales, acogen con el mayor afecto al extranjero que va á sentarse entre ellos.

Cada uno se acomoda tranquilamente en su asiento, mete el gorro en la faltriquera, y saca su carterita y su tintero armado de una punta de hierro que clava en el respaldo del banco que tiene enfrente. El profesor sobre su bufete tiene el libro que le sirve de texto y unos apuntes; pero improvisa siempre la explicación. Este modo de comunicar sus ideas, que permite reproducir un mismo concepto bajo diferentes formas hasta que lo ha comprendido el alumno, exige que el profesor esté muy enterado de la materia; pero produce tambien resultados mas seguros que la mera lectura. Este es el método que emplean el señor Martin, profesor de derecho criminal, y el señor Ludin, profesor de historia: sus improvisaciones son tan seguidas y animadas, que sostienen constantemente la atención del discípulo é imposibilitan toda distracción.

Por lo demás, todo el tiempo de la lección está dedicado á las explicaciones del catedrático; los oyentes no hacen mas que escuchar y tomar apuntes. El profesor nada hace para asegurarse de la inteligencia ó de la aplicación del alumno: es una máxima, generalmente recibida, el que á los jóvenes sensatos les basta que se les explique una vez lo que deben hacer; pero que ni es útil ni conveniente que el catedrático se constituya celador del cumplimiento de sus tareas, ni que pierda el tiempo contrariando las inclinaciones de los que se han decidido á vegetar en la ignorancia ó entregarse á la disipación.

Una vez fuera de la clase, adios orden, adios cordura. Si durante las horas de lección se mantiene el estudiante sumiso á su catedrático, el resto del día se convierte en un tirano para el honrado artesano de Jena y hasta para su mismo profesor.

Hé aquí el modo cómo pasa el día: así que amanece, despacha su desafío, ó va á servir de padrino á algun compañero; despues, el desayuno de ordenanza, y de allí se traslada á la sala de armas.

Al medio día recorre las calles y paseos hecho un camorrista, y nunca está mas ufano que cuando puede pegar algun chasco que llame la atención pública, y de esta suerte se agencia el desafío para el día siguiente. Por la tarde se reúnen las diferentes tribus en sus respectivos puntos, donde se embriagan de cerveza y tabaco, y es ya mucho despues de media noche cuando sus últimos corros van á perderse en la soledad de las calles.

Como el ducado de Weimar es un país de no mucha viña, pueden beber muy poco vino, pero ponen todo su orgullo en apurar sendas botellas de cerveza, y celebrando en sus canciones el zumo de la vid, vacian sus copas con el mismo placer que el estudiante de Heidelberg un cántaro de vino del Rhin. Jamás he oido salir de su boca otras coplas en honor de su licor favorito que las que van á continuación. Si las transcribo, no es por su mérito literario, sino para dar una idea del carácter de los *camaradas* de Jena.

—Ea, muchachos, ¡viva la alegría! ¡aprovechemos el tiempo que huye veloz! hagamos retumbar estas paredes con nuestras carcajadas y el estrépito de nuestros cantos. Aquí escasea el vino; pero ¡qué importa! el tabaco y la cerveza nos pondrán al nivel de los dioses... ¡Viva, lará, lará, lará!

—Abajo el *Corpus juris*, la teología, las *pandectas*, los dogmas y las sectas, la medicina y sus quimeras. Porque tales señoras nos pondrían de mal humor... ¡viva, lará, lará, lará!

Un coro de estos jóvenes, cuando se halla en su punto de reunión, presenta un cuadro que choca sobremedera con la idea que generalmente se tiene formada del sosiego y cordura de los amigos del saber. Pero, renunciando á sus orgías, se figurarían hacer abnegación de su clase de estudiantes y de su país: á su modo de ver, sería este un crimen mucho mas grave que suscribirse al *Observador austriaco*, ó no asistir á las lecciones que han pagado de antemano.

Entrad en el *Gran Café* de la plaza del Mercado, y así que abrais la puerta, os hallareis como sofocados y ciegos á causa de los densos vapores que llenan toda la sala. En medio de aquella niebla aparecen algunas luces de incierto resplandor, se oyen los acentos de una estrepitosa alegría, hasta que, acostumbrados los ojos á aquella atmósfera, ven destacarse al través mesas, copas de estaño, y por último rostros humanos.

No se diría sino que, como en el *Diablo cojuelo*, el vapor que exhalan aquellas botellas, se convierte en otros tantos Asmodeos.

Recorred las largas mesas, cuyos extremos os impide distinguir el humo, y os hallareis enfrente del paraíso del estudiante alemán, pero sin sus hurís. Allí, con el gorro calado, la copa de cerveza en la mano, la pipa ó el cigarro en la boca, que no deja sino para entonar su copla favorita, se os presenta con todo su orgullo, ufandándose con la esperanza de que con sus camaradas será con el tiempo el regenerador de la Europa, y vanaglorioso de ser un dechado de franqueza, generosidad y heroísmo, y el verdadero representante de la independencia del carácter germánico. Su primer brindis es siempre por la libertad de la Alemania, y el segundo una imprecación contra la santa alianza.

En casi todas sus canciones brillan los impulsos del patriotismo y de la libertad, y en casi todas se notan igualmente ciertas alusiones á su organización secreta.

En cualquier otra parte que no sea las ciudades universitarias, nada presentan notable aquellas canciones, semejantes en esto á aquellas barcarolas venecianas, que pierden todo su mérito cuando no salen de la boca del gondolero de Rialto. De ahí es que sus himnos á su espada; sus coplas sobre los afectos morales, intelectuales y políticos, sobre su destreza en trepar á lo alto de un mástil, ó en arrancar una barra de hierro, son ininteligibles para el que no está enterado de sus opiniones secretas, y ridículas para el que no sabe que los estudiantes cifran toda su gloria en semejantes proezas.

(Se continuará.)

Las campanas.

Sonad, sonad, voces metálicas, desde el humilde campanario de la ermita, ó sobre la cúpula soberbia de templo suntuoso. Ya atroneis con magnífico estruendo las ciudades; ya oiga á lo lejos vuestro apagado tañido, mi corazón se estremecerá siempre al escucharos.

Vuestro lenguaje sonoro me es familiar; es el idioma de todos los cristianos. Hay en él acentos de alegría, de júbilo supremo, de tristeza, de oración, de cólera también y de venganza.

Cuando el viajero extraviado cruza por valles y montañas, sin saber en qué parte del mundo se encuentra, huyendo de la naturaleza que parece deshabitada, y temblando al escuchar el rugido de las fieras, si distingue á lo lejos varias figuras humanas que trepan de riesgo en riesgo, hablando palabras extranjeras, se detiene y se oculta receloso.

Dudando está entre la aspereza de la tierra que hiere sus plantas, y el calor que le sofoca, y el hambre y la sed que le atormentan ó la acogida de hermanos que acaso le desconozcan, que hagan tal vez festín de su cuerpo fatigado. Pero si el viento trae desde lejos el sonido vibrante de una campana, exclama lleno de gozo el viajero:

— ¡Ya estoy salvado!

Yo recuerdo el placer con que escuchaba en la cuna la música majestuosa de vuestros cóncavos metales. Como los de la tempestad, me parecían sonidos que llegaban á mí desde las nubes.

Vosotras, hermanas del aire, anunciásteis á toda una población que habia un cristiano mas, cuando el sacerdote vertió sobre mi cabeza el agua bendecida y solemnizásteis mi bautizo. Mi madre, llena de gozo, debió verter una lágrima desde el lecho en que yacía.

Mi corazón os lo agradece, mensajeras de la dicha.

¡Cómo repican las campanas en la torre blanqueada de la iglesia! Los labriegos comprenden aquel toque alegre, y se aproximan al templo. Las mozas y los jóvenes del pueblo acuden en tropel á presenciar la ceremonia.

Felices los que van á ver cumplidos sus deseos: aquellos por quienes las campanas suenan con tal alborozo. Ellas pregonan la bondad con que Dios acoge sus licitos amores: la ternura humana en el límite de los deberes, consagrada por un sacramento, santificada por la iglesia.

Huid, amores profanos, goces satánicos é impuros, huid al sonido casto de las campanas que dan fe del matrimonio. Estremeceos de placer, doncellas pudorosas, que sentís en vuestro corazón suaves latidos. También se puede amar sin que haya de encender vuestras mejillas el color de la vergüenza.

En los días festivos, cuando el católico se dispone al

cumplimiento de un deber ineludible, oye una voz cercana que le anuncia ha llegado el momento de comenzar el santo sacrificio. Los que estais privados de los favores de la fe, los que teneis árido el corazón y nublada de dudas la conciencia, no profaneis el templo. Dejad á los católicos humillar su frente sobre las frias losas de la iglesia, dejados arrodillarse en un suelo sembrado de tumbas, ante una cruz que recuerda á los hombres el mas horrible de sus crímenes. No perturbeis con vuestras miradas la dulce calma de la honrada esposa, la tranquila conciencia de una virgen.

Dejadlas orar.

Decid, campanas, decid á los fieles que el sacerdote va á leer el Evangelio.

Un toque lento y acompasado suena en el campanario. Las gentes se estremecen; tal vez le escucha con religioso terror el moribundo. Al toque de la campana sucede poco despues otro en las calles, tambien acompañado y argentino: al escucharle todos se descubren, todos se postran. ¡Silencio! es el Viático.

La iglesia va á hacer á un hombre su última visita.

¿Qué mano airada agita la cuerda de las campanas, cuyos golpes precipitados y coléricos atruenan las ciudades y proclaman el exterminio? A su sonar impetuoso, á su impaciente clamoreo, los hombres se apoderan de las armas y la muchedumbre se amotina y ruge entusiasmada.

¿Quién toca á rebato? ¿Quién atiza la hoguera de los crímenes? ¿Quién ha convertido en instrumento de guerra las campanas?

Cesad, cesad, inicuos agitadores. Tened el brazo sacrilego, qué hace nuncio de muerte y de venganza, lo que solo ideas de perdón debe inspirarnos.

Paz á los hombres.

Ha llegado el día de difuntos.

Todas las campanas de todas las iglesias de la cristianidad tocan á muerto. La madre acude á rezar en la tumba de su hijo, á llorar en la de su esposo. Los hijos ruegan por sus padres. Todas las pérdidas recientes se recuerdan, se lamentan, entristecen el ánimo como el día en que sucedieron. Se coronan de flores las sepulturas, se encienden luces por todas partes, se dicen misas, se cantan responsos, se vierten lágrimas.

Y las campanas no cesan de tañer.

Pero los muertos que no dejaron hijos que los llorasen, ni amigos, ni parientes, los que abandonaron el mundo en otros siglos, esas generaciones que pasaron, padres de nuestros padres, cuyos huesos ya no tienen ni aun sepulcro, cuya ceniza ha esparcido el tiempo por la tierra, y cuyos nombres se han borrado de la lista de la vida; esas almas olvidadas, como se olvidarán las nuestras, ya no tienen en el día de difuntos quien las llore ni teja coronas de siemprevivas, ni recuerde sus virtudes. Espantoso abandono.

Pero no; todas las campanas de todas las iglesias tocan á muerto. Por el rico y por el pobre, por la virgen y la cortesana, por el bueno y por el malo, por todos los difuntos.

La Iglesia no se olvida de ninguno.

José FERNANDEZ BREMON.

El sultan en Viena.

La galería de Ambras (Ambraser Sammlung) que el sultan ha honrado con su visita á su paso por Viena, merecía llamar la atención de este soberano, gran conocedor en punto á armas.

Esta galería instalada en los edificios del Belveder en Viena, encierra una de las colecciones de armaduras mas completas que pueden verse en el mundo. Fué fundada en el siglo XVI por el archiduque Fernando del Tirol, y ocupaba el castillo de Ambras cerca de Innsbruck, de donde ha tomado el nombre.

Actualmente la galería de Ambras se extiende en las salas del piso bajo del Bajo-Belveder, salas que se si-guen y están alumbradas por ventanas que caen á un vasto jardín, el cual sube hácia el Belveder superior, donde se hallan las galerías de cuadros.

Como todos los museos de armaduras, la galería de Ambras ofrece un doble interés artístico é histórico, y bajo estos dos conceptos la galería de Viena figura en primera línea: la fabricación de armas ha florecido abundantemente en este país, que durante tanto tiempo vivió bajo el régimen del feudalismo.

No podemos entrar aquí en los detalles de estas salas, todas ellas de un estilo muy lujoso, y en las cuales se hallan expuestas las armaduras con mucho gusto y del modo mas pintoresco: nuestro dibujo presenta una vista exacta.

Citaremos sin embargo la armadura de Maximiliano I (1519), la del «gran aldeano de Trento», uno de los guardias de corps del archiduque Fernando, de siete pies y medio de alto; la armadura toda dorada de Segismundo de Koenigsfeld, un guante del sultan Soliman y las armas del gran visir Kara Mustafá, cogido cuando el sitio de Viena en 1683: por último, una espléndida armadura de gala del duque Alejandro Farnesio (siglo XVI).

Aunque las armaduras constituyen la parte mas importante de la galería de Ambras, sin embargo, aun hay en ellas algunos objetos preciosos y bastantes curiosidades por el estilo de las del Grune Gewölbe en Dresde.

V. S.



VIENA. — El sultan visitando la galería de Ambras, (Ambraser-Sammlung.)

Janet Lange

B.C.S.

LAS

Amazonas cretenses.

En todas las guerras patrióticas se han visto mujeres que consagrándose á la defensa común se batían heroicamente. Juana de Arco ha sido una de las mas ilustres, pero no es la sola que haya merecido los honores de la posteridad. Una mujer fué quien en Tolosa, en la época de los albigenses arrojó la piedra vengadora que pegó donde debia, como dice el poeta de la cruzada en su elocuente laconismo, y que mató á Simon de Montfort. En aquel memorable sitio las demás mujeres de la ciudad tomaron parte tambien en la lucha desesperada que salvó á Tolosa y á todo el Mediodia.

En España durante el sitio de Zaragoza se vieron mujeres que hacian el servicio de las baterías cuyos artilleros habian muerto sobre sus cañones.

Finalmente, la Grecia honra la memoria de la bella y valerosa Bobolina, que combatió por tierra y por mar en la guerra de la independencía y organizó con sus propios recursos una flotilla que impuso á los turcos mas de un descalabro.

El recuerdo de esta heroína acaba de suscitar toda una legión de amazonas en la isla de Creta. Hé aquí cómo un oficial de voluntarios se expresa sobre este punto en una carta dirigida á uno de sus amigos de Atenas:

« He venido hoy á ver á Hadji-Michali, y quiero contaros un hecho sin precedente y que me ha conmovido hasta hacerme derramar lágrimas. Cincuenta muchachas lakkiotas, la mayor parte de ellas rubias y bonitas, se ejercitaban al tiro de carabina. No sabría



CRETA. — Las Amazonas cretenses.

deciros cuánta era su destreza. Tienen una bandera, y su abanderada es una jóven religiosa. Hadji-Michali se ocupa en proporcionarles las armas que ellas le piden incesantemente. El ejemplo de estas heroínas ha excitado la emulacion de otras muchas, y acaba de llegar una diputacion de mujeres seliniotas para suplicar á las mujeres lakkiotas que no entren en campaña antes de que ellas se organicen y puedan servirles de refuerzo.»

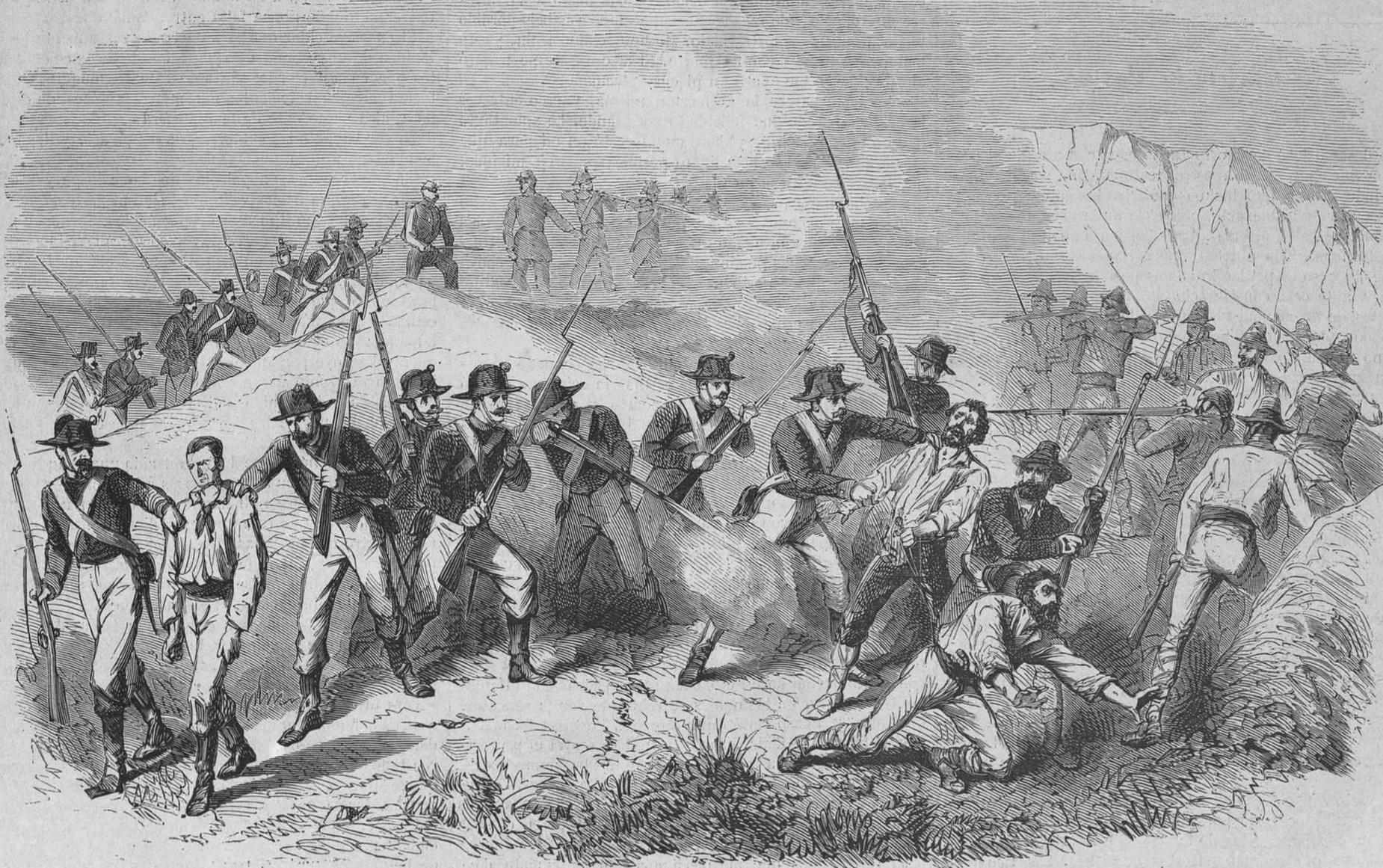
El comité filo-cretense de Atenas, informado del hecho, trata, segun se asegura, de armar y equipar á esta graciosa falanje. Cada amazona tendrá una carabina de repeticion, sistema inglés, con un sable-bayoneta, y llevará una cartuchera adaptada al cinturon y una mochila.

El uniforme será el mismo que el de los palikaros: fez, corsé bordado de trencilla de oro ó plata, tonelete blanco y polainas de piel de gamo, que llegarán hasta el bajo de un pantalon ancho. Tambien llevarán la clámide á guisa de capote.

Los grados se indicarán por la borla del fez que será de hilo de oro, sencillo ó torcido, segun la mayor ó menor elevacion, y por un sablecito corvo en lugar del sable-bayoneta.

El mando en jefe de la falanje se confiará á un oficial aguerrido, que tendrá bajo sus órdenes á cierto número de hombres escogidos para cuidar de la graciosa falanje é impedir á toda costa que el enemigo haga prisioneros.

La bandera con los colores helénicos, tiene por un lado la cruz griega y por el otro la imágen de la *Panaia*, ó santa Virgen, coronada de estrellas y que aplasta bajo sus piés á la serpiente. En esta bandera se lee la siguiente inscripcion tomada del Apóstol de las na-



ROMA. — Cuadrilla de bandoleros sorprendida por los gendarmes pontificios en las montañas de Sezze.

ciones: « Dios ha elegido á los débiles para confundir á los fuertes. » Y esta otra tomada del Cántico de la Virgen: « Humilló á los poderosos y elevó á los humildes. »

Es de esperar que muy luego la falanjería de las amazonas cretenses se distinguirá con alguna hazaña que excitará la admiración y simpatías de todo el universo.

Ya en noviembre último una partida de estas valerosas mujeres, en número de ciento, se encargó de defender un valle donde se hallaban reunidos los ganados que formaban la provision del ejército de los insurrectos. Un destacamento turco fué á atacar á las mujeres, pero en vano, pues á falta de fusiles que le faltaban entonces á la insurrección, ellas contestaron á pedradas al fuego del enemigo, y no tardaron en ponerle en derrota.

De aquí se puede deducir lo que hará la falanjería de las amazonas.

J. R.

El bandolerismo

EN LOS ESTADOS PONTIFICIOS.

Roma 4 de agosto de 1867.

Prescindo esta vez de las discusiones políticas, de la cuestión del concilio y de los rumores relativos á los proyectos de Garibaldi, para hablar de un hecho que ha conmovido mucho á la población romana, y que es en efecto, el suceso mas conmovedor de estos últimos dias; se trata del brillante hecho de armas consumado por la gendarmería pontificia.

La cuadrilla de bandoleros que tenía á su cabeza al famoso Panici, ha sido casi destruida, y su jefe ha quedado muerto en el campo de batalla. El 26 de julio por la mañana el cuerpo mandado por el brigadier Barbantini logró alcanzar á la cuadrilla en las montañas de Sezze, provincias de Frosinone y Velletri. La derrota de los malhechores fué completa. Los que no cayeron muertos fueron hechos prisioneros y llevados á lugar seguro, y no tardarán en sufrir un castigo ejemplar, pues el decreto que se ha publicado últimamente sobre la represión del bandolerismo debe dejarles pocas esperanzas. El gobierno pontificio antes de apelar á este medio extremo, habia empleado medidas que creyó mas eficaces; por ejemplo, prometió la soberana clemencia á los que se presentaran á la autoridad. Mas esta moderación no produjo ningun resultado decisivo. Las cuadrillas continuaban sus fechorías, y únicamente tres ó cuatro cabecillas se entregaron para escaparse á poco tiempo. Sin embargo, no se tardó en cogerlos, y á la incansable tropa de los gendarmes pontificios se debe este brillante hecho de armas, en el cual han perdido la vida los famosos fugitivos Andreozzi y su hermano, Abatecola y Notarangeli.

A. Z.

Revista de Paris.

La fiesta del 15 de agosto tuvo efecto con arreglo al programa que conocen ya nuestros lectores. Una sola de aquellas indicaciones que hicimos anticipadamente sobre este programa resultó inexacta, cual es la de la entrada gratuita en la Exposición universal. La comisión imperial no franquea fácilmente las puertas improvisadas en el Campo de Marte. El caso es perder lo menos posible, si no es que se gana, y ante esta consideración de fuerza mayor para los bolsillos de los accionistas, no hay fiesta que valga. El público que tenía entendido esto de la entrada franca, aunque no constaba en el programa oficial, se agolpó todo el día á las puertas en masas imponentes; pero preciso fué torcer camino para entretenerse en otra parte.

Justamente estaban cerca de allí la plaza del Rey de Roma y las cuestas del Trocadero, como aparecen en la lámina principal que damos en este número, y no se podía haber elegido un sitio mas adecuado para una gran fiesta popular como la del 15 de agosto. Con efecto, en ese magnífico anfiteatro creado de repente como por la virtud de una varilla mágica, pueden pasearse centenares de miles de personas sin los peligros mas ó menos inminentes que siempre presentan las grandes aglomeraciones. Allí fueron á parar durante el día, un día de una temperatura deliciosa, y que no era de esperar después del calor tropical de la víspera, todos los extranjeros y provincianos que los ferrocarriles habian traído por un precio módico. Para dar á nuestros lectores una idea de lo que habrá sido en Paris esa multitud expedicionaria, diremos que solo de Madrid han llegado en un tren especial 1,600 personas. En cuanto al precio, 380 reales vellon por cabeza, viaje de ida y vuelta. Será la primera vez que se ha hecho semejante viaje con esta bárapura.

El vasto espacio que se ve representado en nuestra lámina, estaba ocupado por los conciertos, bailes, teatros, palcos de cucaña, tiendas de feria y demás establecimientos ambulantes que pululan en estas ocasiones. Las tiendecillas eran nuevas esta vez, y de un estilo elegante y unifor-

me: 400 de ellas habia diseminadas en las diversas avenidas del Trocadero, y de aquí en adelante servirán para todas las fiestas públicas.

El golpe de vista, sobre todo por la noche, era verdaderamente mágico. El templo egipcio que habian levantado en lo alto de la meseta de la plaza del Rey de Roma, las fuentes monumentales, los catorce pabellones destinados á los diversos servicios necesarios donde se reúne tanta gente, todo esto resplandecía profusamente iluminado.

Este espectáculo de las iluminaciones y el que ofrecen al mismo tiempo los fuegos artificiales, constituyen, á decir verdad, lo principal de la fiesta.

A las ocho comenzaron á encenderse las luces, y á esta hora la gente se puso en movimiento con dirección á la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos. Nada mas brillante que esta iluminación que comprendia desde el jardín del palacio de Tullerías hasta el Arco de Triunfo, donde se disparaban este año los castillos de pólvora. Era una serie no interrumpida de cordones luminosos formados por globos y luces de gas que producía un efecto mágico.

Los fuegos artificiales no han tenido esta vez el brillo que en otras ocasiones. Parece ser que por causa de los diferentes gastos hechos con motivo de la Exposición universal, no se destinó al polvorista mas que una cantidad de treinta ó cuarenta mil francos, esto es, la mitad de lo que se consagra generalmente á los cohetes y los fuegos de Bengala. Sin embargo, el ramillete tradicional se elevó en los aires desde lo alto del Arco de Triunfo, produciendo la misma admiración que de costumbre en los miles de espectadores que le contemplaban.

Fuera de las atracciones de esta fiesta del 15 de agosto, la semana que acaba de transcurrir no ha ofrecido ningun acontecimiento propio de la crónica. Afortunadamente tenemos para neutralizar esta penuria, un libro recién publicado en Londres, y que se titula: « Memorias del príncipe Alberto, por su viuda la reina Victoria. » Supérfluo parece añadir que esta obra, de la que no se ha publicado aun mas que el primer tomo, está llamando actualmente la atención de los ingleses de un modo extraordinario. No hay duda que el libro lo merece; primeramente porque es obra de la reina, bajo cuya inspiración ha sido escrito por el teniente general Carlos Grey, y después porque á la par que contiene la historia de una gran pasión, se encierran en esta historia grandes lecciones de política y de moral que deben aprovechar los que gobiernan y los gobernados.

Sin embargo, diremos desde luego que lo que interesa soberanamente son los detalles de la vida íntima de la reina. Casi todo este primer tomo está formado con las cartas de la familia real de Inglaterra, las del príncipe y las de la reina Victoria.

Pasando por alto los pormenores relativos á la infancia del príncipe Alberto, llegaremos al mes de octubre de 1839, época en que el príncipe fué á Inglaterra para obtener una contestación decisiva sobre el ya proyectado enlace.

En una carta dirigida por la novia al rey de los belgas, se refiere lo que ocurrió en la entrevista en estos términos:

« Mi querido tío: estoy segura de que os agrada esta carta, pues siempre habeis demostrado el mas cordial interés en todo lo que me concierne, y nunca habeis perdido una ocasión de demostrármelo. Me he decidido al fin, y esta mañana se lo he dicho á Alberto. El afecto que me mostró al escucharme me causó un placer extremado.

» A mí me parece la perfección misma, y creo entrever la perspectiva de una felicidad muy grande. Le amo tanto que no puedo decirlo, y haré cuanto esté en mí para que el sacrificio le sea lo mas ligero posible; pues en mi idea, me hace un gran sacrificio.

» Me ha parecido un hombre dotado de mucho tacto, lo cual es muy necesario en su posición. Estos últimos dias han pasado para mí como un sueño, y me hallo tan trastornada que apenas puedo escribir; pero me siento dichosísima. Deseo que Alberto permanezca aquí hasta fines del mes próximo. »

El príncipe escribe sobre lo mismo á su abuela la duquesa de Coburgo las siguientes líneas:

« Al cabo se terminó lo que tanto nos ha ocupado en estos últimos tiempos. Hace algunos dias la reina me mandó á llamar, me recibió sola en su cuarto, y me declaró en una ingenua efusión de amor y de ternura, que habia ya ganado todo su corazón, y que seria muy dichosa si la hiciera yo el sacrificio de casarme con ella, pues consideraba esta unión como un sacrificio por mi parte. La única cosa que la turbaba, es que no se creía digna de mí.

» La franqueza con que me dijo todo esto me enajenó de alegría. No puede ser mas bondadosa y amable, y estoy cierto de que Dios no me ha hecho caer en malas manos, y que seremos muy dichosos juntos. Desde aquel instante Victoria hace cuanto se figura que puede agradarme á mí. Hablamos mucho de nuestra vida futura. »

Como es sabido, el casamiento tuvo efecto el 10 de febrero de 1840.

A continuación de estas cartas se leen otras con diferentes testimonios, en los cuales se echan de ver la sencillez, intimidad y tierno cariño que reinaban en tan feliz matrimonio, los medios delicadísimos de que se servía el príncipe para hacer llevadera á su esposa la autoridad doméstica.

Jamás el príncipe Alberto se separó de la cabecera de la cama de la reina en sus enfermedades; él la levantaba siempre del lecho para recostarla en el sillón ó en el sofá en las convalecencias de los partos.

« Los cuidados que me prodigaba constantemente, dice la inconsolable viuda, eran los de una tierna madre con la

mas querida de sus hijas. ¿Cómo no he de llorar eternamente mi soledad viéndome separada del ángel que me habia dado Dios para mi felicidad y mi consuelo? »

Nos es imposible hacernos cargo de otras particularidades notabilísimas que encierra este libro, pues de extendernos mas haríamos un artículo especial que debería ocupar todo el espacio destinado á esta revista.

Ya que hablamos de cosas británicas, aprovecharemos la coyuntura para dar á conocer á miss Burdett Coutts que últimamente se ha puesto en evidencia con el suntuoso banquete que ha dado á los belgas que han visitado Londres. Este convite ha llamado tanto la atención que todo el mundo se preguntaba quién era la opulenta persona que podía permitirse tan grandes magnificencias, y de aquí las revelaciones que extractamos de la prensa inglesa.

Habia en Londres á principios de este siglo, un capitalista de una riqueza fabulosa, llamado Tomás Coutts, de origen escocés, hijo de sus obras, lo que quiere decir, que solo á su trabajo debía su inmensa fortuna.

Este príncipe de la Bolsa tuvo tres hijas que se casaron con tres personajes, el marqués de Bute, el conde de Guilford y sir Francis Burdett.

Este último, nacido en 1770 y muerto en 1844, desempeñó un gran papel en la política inglesa. Adversario y partidario sucesivamente de Canning, se dió á conocer como radical y acabó estando alistado bajo la bandera de sir Roberto Peel.

Su suegro Tomás Coutts, se enamoró á la edad de setenta años de una actriz del teatro de Drury-Lane, llamada miss Mellon y se casó con ella. Aun disfrutó con esta veinte años de felicidad y murió nonagenario en 1822.

Al quedarse viuda de M. Coutts, la ex-actriz, hermosa y joven todavía, vino á ser duquesa y volvió á dorar el ennegrecido blason de los Beancherck, duques de Saint-Albans. Viuda por segunda vez, y sin hijos de ninguno de sus maridos, la cómica-duquesa legó toda la fortuna que le habia dejado el anciano Coutts, desheredando á sus propias hijas, á la única hija de sir Francis Burdett, miss Angelina Burdett Coutts, su sobrina, lo que era un modo de restituir á la familia de su primer marido lo que la pasión del anciano la hizo perder.

Fácil es concebir que miss Burdett Coutts, que súbitamente se halló en posesión de una fortuna de cincuenta á sesenta millones, tendría adoradores por docenas. Entonces se habló mucho de su proyectado enlace con el duque de Wellington, luego con el duque de Norfolk, y mucho después con el actual emperador de los franceses, durante su destierro en Londres.

Sin embargo, miss Burdett Coutts ha permanecido soltera y consagra sus rentas á prácticas caritativas. No hay suscripción patriótica ó filantrópica que ella no patrocine. Devota cual ninguna anglicana, ha mandado construir una magnífica iglesia, en el barrio de Westminster. Miss Burdett Coutts queria mucho al rey Leopoldo I, y por consiguiente á la Bélgica, y en recuerdo de esta antigua amistad ha dado á los belgas la suntuosa hospitalidad que les ha ofrecido en su palacio.

Volviendo ahora á Paris nos dirigiremos á la Exposición universal, donde nunca falta entretenimiento.

El excesivo calor que está haciendo actualmente ha dado la idea de un sistema de ventilación cuyos excelentes efectos pueden apreciar los visitantes. Cuatro máquinas de gran fuerza arrojan setecientos mil metros cúbicos de aire por hora, aire procedente de la atmósfera exterior que se introduce por las galerías subterráneas del palacio y llega al palacio fresco y puro.

Sin embargo, no es al palacio á donde se dirige y estaciona la gran mayoría de los visitantes, sino al parque que de día en día varia y multiplica sus espectáculos. De noche principalmente todos los lugares de recreo y de diversion trabajan á porfia por atraer al público. Abundan allí los treatros de pantomimas, los juegos y diversiones de todo género, y sobre todo lo que no escasea es la música cosmopolita. Aquí está la música bávara, luego la orquesta tunecina, luego la húngara; en el café chino hay una orquesta parisiense, y mientras se oye por un lado alguna pieza de Verdi, por otra la guitarra acompaña un bolero, y en los entre actos se perciben los agudos sonidos del falsete tirolés ó las quejumbrosas canciones de los turcos. Es indescriptible este tumulto.

Hace algun tiempo se ha establecido una máquina muy ingeniosa para subir á los curiosos á la techumbre del palacio, desde donde se distingue un bonito panorama. La ascension se ha puesto en moda y diariamente la verifican unas cuatro mil personas, que á razon de cincuenta céntimos por cabeza, dejan de beneficio dos mil francos al inventor de la máquina. Ahora bien, para dar mas atractivo á la ascension, y sobre todo á la estancia en la techumbre del palacio, se ha instalado en esta misma techumbre un café de lujo donde se toman sorbetes y vasos de cerveza, mientras se admira la animada vista que presentan el Campo de Marte y sus inmediaciones.

Otra invención que ha tenido tambien un éxito prodigioso es la de la fonda omnibus, vasto establecimiento á precio módico, edificado cerca del pabellon español, y á la cual concurren todos los dias de cuatro á cinco mil personas. La comida que se sirve es sana y bien condimentada, especialmente si el consumidor se contenta con los alimentos mas sencillos y naturales, y muchas personas van á comer allí por curiosidad. La comida consta de sopa, dos platos de carne, uno de legumbres, postres, pan y vino por franco y medio. Así pues, son considerables les beneficios realizados por la fonda

omnibus, y su dueño acaba de enviar, con motivo de la fiesta del 15 de agosto, 400 botellas de vino de Burdeos á la «asistencia pública» para que se repartan entre los enfermos de los veinte distritos de París.

Dejamos ya dicho que la música es uno de los grandes atractivos del parque de la Exposición, y con efecto, además de las diferentes orquestas de todos los países que hay diseminadas en los respectivos establecimientos, tenemos en el Círculo internacional la de Strauss y Bilsé que tocan las piezas más escogidas del repertorio clásico alemán, juntamente con los wals y las polkas que han inmortalizado el nombre de uno de sus directores. Este ha debido marchar á Viena, pero no por eso se han suspendido los conciertos que Bilsé dirige con tanta maestría. Una de las últimas noches esta gran orquesta tocó la célebre obertura de Beethoven, titulada *Zur Weihe des Hauses*, compuesta para la inauguración de un teatro de Viena, que tuvo efecto en 1822, obertura cuyo origen es curiosísimo, si hemos de creer esta historia que hallamos en una crónica belga.

«Un día que Beethoven se paseaba con su sobrino y Schindler, por el lindo valle de Elena, cerca de Baden, rogóles que se adelantaran y le esperaran en un sitio designado. Quería fijar dos motivos que se le habían ocurrido en el paseo pensando en su obertura. Esta era su manera acostumbrada de componer.

Algunos momentos después, se reunió con sus compañeros y con su voz detestable les cantó los dos motivos, preguntándoles á cuál de ellos daban la preferencia. Schindler se pronunció por el fugado; esta elección respondía al pensamiento de Beethoven, el cual hacía mucho tiempo tenía deseos de componer una obertura al estilo de Haendel.

Sin embargo, el maestro no se dió mucha prisa, porque el día de la inauguración del teatro de Josephstadt llegó sin que hubiera dado al director la pieza consabida. Algunas horas antes del espectáculo, entregósele á aquel el manuscrito.

Los ensayos no se podían efectuar, de modo que tuvieron que contentarse con tocarla de repente, componiéndose para mayor desgracia la orquesta de entonces, de músicos que no tenían la costumbre de tocar piezas en conjunto. Lo que más agravaba la situación de los sinfonistas improvisados era obedecer á un triple impulso.

Beethoven, al tomar la dirección de su obra, se había sentado al piano; el maestro de capilla F. Glaeser estaba á su lado, encargado de vigilar el conjunto de la ejecución, y Schindler dirigía los violines. Como no podía menos, el conjunto se resintió y no poco de esta nueva organización.

Conmovido el público por un sentimiento de respeto hacia el ilustre maestro, acogió con grandes muestras de entusiasmo su nueva producción. Aclamado y llamado reiteradas veces, apareció en la escena del brazo del director del teatro.»

En cuanto á los teatros de París continúan como saben ya nuestros lectores, viviendo exclusivamente á costa del antiguo repertorio. En la Opera no se sale de *Don Juan*, la *Africana*, el *Trovador* y la *Muda de Portici*.

En el Teatro Lírico, se ha ejecutado *Marta*, cantada por la señorita Nilson que acaba de regresar de España, donde ha obtenido una entusiasta acogida. Anunciase que muy pronto cantará el *Flauto mágico*.

Hemos recibido el programa del Teatro Imperial Italiano para la temporada próxima, y habiendo publicado ya los nombres de los principales artistas que figuran en la compañía, no tenemos hoy otra cosa que añadir, sino que el repertorio se elegirá entre las mejores obras de los maestros Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi, Mozart, Cimarosa, Mercadusse, Flotow, Ricci y Cagnoni. El señor Bagier anuncia que dará dos óperas nuevas, *cuando menos*, en el curso del año teatral. Ya habíamos dicho anteriormente que con motivo de la Exposición universal las funciones principiarán este año el 3 de setiembre, y en efecto, esta apertura extraordinaria tendrá lugar con la *Sonámbula* cantada por la Patti. Excelente principio de temporada.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LONTANANZA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA PILAR LEON DE HERRERA.

I.

Era una noche del octubre, fría,
Y en torrencial furor
La lluvia de las nubes descendía...
¡Dormíme á su rumor!
Soñé con una dicha en lontananza,
Soñé que iba á viajar
Realizando por fin una esperanza,
Y me puse á cantar:

II.

Las ilusiones que he concebido
Lejos me llevan, lejos de aquí:

¡Ah! pero nunca daré al olvido
El pueblecito del Damuji.

Este de flores lindo palacio
Donde he pasado mi juventud,
Dejo buscando mayor espacio
Al eco libre de mi laud.

Mas..., si la tregua de mis pesares
Hallo en los pliegues del porvenir,
Y al cabo cruzo los anchos mares
Y en otro clima voy á vivir,

Cuando gozoso la planta siente
En el hidalgo suelo español,
Y cuando brille sobre mi frente
El tibio rayo de un nuevo sol:

Cuando en los valles de Andalucía
O en la opulenta ciudad Condal,
El canto salga del arpa mía,
Con todo el fuego meridional:

Viendo las galas que Iberia encierra
Y de sus artes el esplendor,
Tendré un suspiro para mi tierra,
¡Tendré un suspiro de dulce amor!

III.

Y me desperté llorando,
¡Porque era un sueño tan blando
El sueño que yo tenía!...
Me parece todavía,
Señora, que estoy soñando.

Y es que, á la verdad, no acierto
Si aquel anhelo tan vivo
Ya en mi corazón ha muerto;
Y me parece que escribo
Entre dormido y despierto.

IV.

Dama donosa y gentil,
Por la música arrullada
Que forman, suave y sutil,
Auras de Sierra-Nevada
Y murmullos del Genil:

A suplicaros me atrevo
Que si esta tierra de luz,
Donde mis trovas elevo,
Dejais para ver de nuevo
El lindo suelo andaluz,

Hagais de mi simpatía
Hacia sus hijas, alarde,
Que así mi pecho lo ansía,
Por si visito más tarde
La gallarda Andalucía.

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

Isla de Cuba.

Perdida su dulce calma;
Flor que en las horas felices
Nuestro placer acompaña
Y son sus hojas brillantes
Y su perfume embriaga;
Flor que en las horas de penas
Comprende nuestras desgracias
Y están sin brillo sus hojas,
Y está su corola lacia;
Flor que vive con nosotros,
Que si amamos también ama,
Y flor que llama el poeta
La flor de nuestra esperanza.

Yo la he sentido crecer
Y mi pecho que la guarda,
La ve entreabriendo sus pétalos
Al comenzar la mañana,
Y si el corazón suspira,
Suspira inquieta, agitada,
Y plega sus verdes hojas
Y guarda en ellas mis lágrimas;
Y si alegre respirando
Mi pecho su dicha exhala
En amantísimas quejas,
Que son las quejas del alma,
Entonces abre las hojas,
Su perfume al aire lanza,
Y al verme alegre, revive
Su corola mustia y pálida
Y esa flor, que llama el vate
La flor de nuestra esperanza,
Las abraza lisonjeras
Al calor de una mirada,
Y si los ojos no miran,
Van á su seno mis lágrimas.
Y entonces plega las hojas
Y en sus pétalos las guarda.

Mi llanto le da la vida
Que es el riego que le mandan
Los ojos que la ven triste,
Los ojos que la ven pálida;
Y si otros ojos la miran
Calor la dan que la falta,
Y entonces vive feliz
Porque son sus esperanzas,
Como los sueños del niño,
Risueñas y sonrosadas;
Por eso al cielo su súplica
Ferviente eleva mi alma,
Que si es verdad que la dan
Riego mas ardientes lágrimas,
Busca para florecer
El calor de una mirada,
Y si esos ojos no miran
A la flor que el pecho guarda,
Se agostará su corola,
Morirá triste, olvidada,
Y con ella morirán
Las ilusiones del alma,
Porque á esa flor, llama el vate,
La flor de nuestra esperanza.

M. SECO Y SHELLY.

LA FLOR DE NUESTRA ESPERANZA.

Hay en el mundo una flor
Llena de aroma y fragancia,
Flor que tiene por abrigo
Los pechos donde se alza;
Flor que en su brillante cáliz
Ostenta pura y lozana,
En vez del grato rocío
Las melancólicas lágrimas
Que es el riego que los ojos
Hasta su colora mandan;
Flor que guarda en sus colores
Las ilusiones del alma,
Que es unas veces purpúrea
Y otras veces mustia y pálida;
Flor que entre sus hojas mece
Todo el cariño que guarda,
Todo el amor que atesora
El pecho en que se levanta;
Flor que cuenta los latidos
De un corazón que se inflama,
O del que yace olvidado

El castillo de Solera

Ó EL CÁNTARO MILAGROSO.

(Conclusion.)

Muy triste quedó Dorotea al lado de su padre que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. Al amanecer vino su primo, que era un gallardo manco, pobre como ella, pero muy honrado, al cual contó lo que había pasado la noche anterior, y cuando esperaba que este mostrase asombro y se retrajese en los amores con que hacía tiempo la requería, oyó que la dijo:

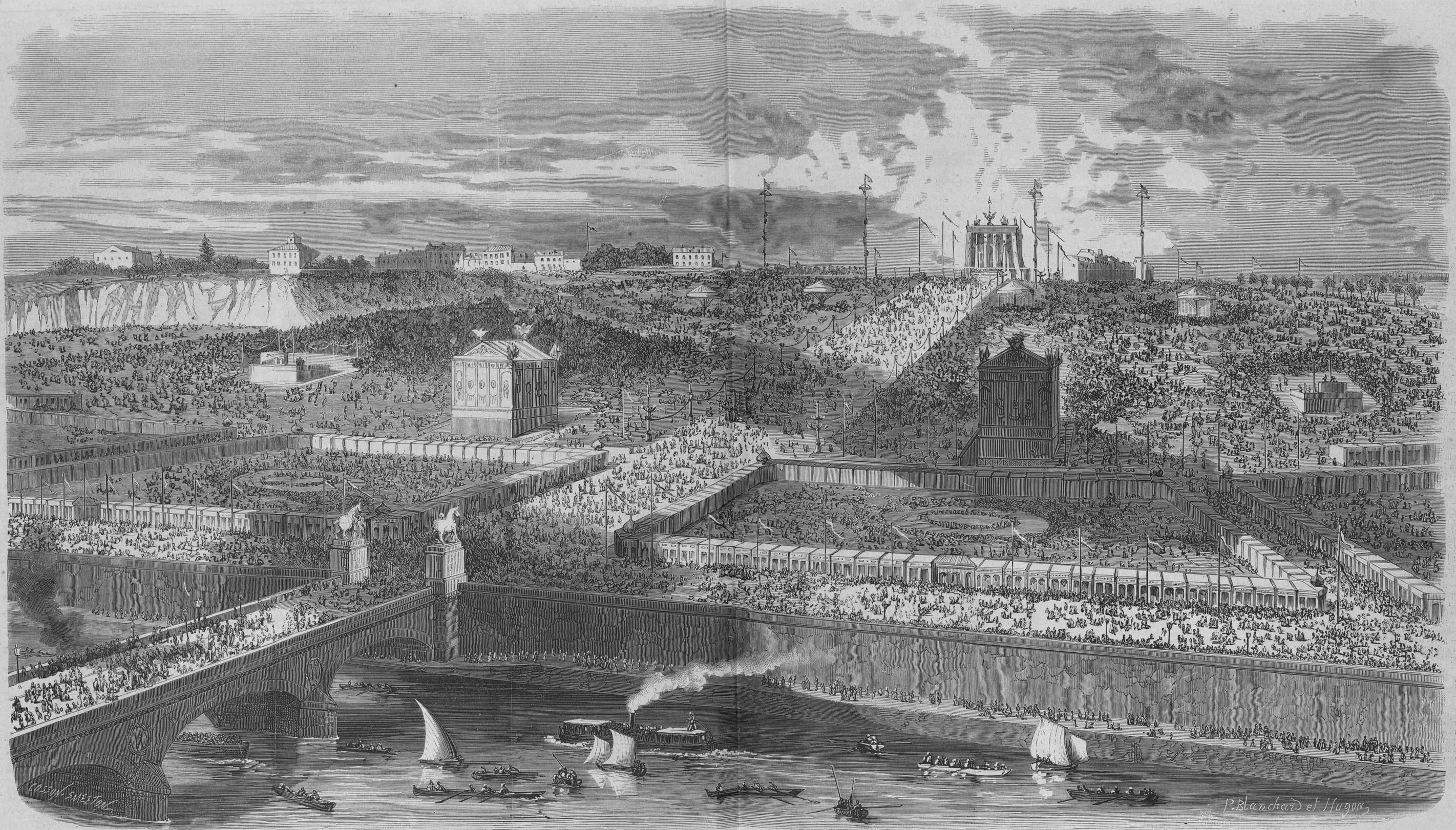
— Me caso contigo; y ahora que perteneces á los espíritus malignos no tengo necesidad del permiso de tu padre.

— Os casais con una mujer sin alma.

— Yo haré que te la devuelvan.

Fueron, pues, á ver al buen cura para que les diese su santa bendición, y este les dijo que tenía que darle un regalo de parte de un desconocido.

— Ya lo sé, dijo, pero no debo tomarlo,



PARIS. — Aspecto general de la fiesta nacional del 15 de agosto en el Trocadero. — (Véase la Revista de Paris.)

— Acéptalo, dijo el digno sacerdote, yo lo tomo á mi cargo.
 — En ese caso estoy tranquila.
 — Extendió la mano la jóven y el cura la entregó un cántaro de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.
 — ¡Un simple cántaro! le dijo Dorotea.
 — Para suplir al que os han roto. Habéis dado de beber á un viajero sediento, y os le ofrece en recompensa de vuestra virtud.
 — No es muy generoso, dijo el esposo.
 — Aguardad, os concede en toda propiedad la cister-

na de la que habeis sacado el agua, y podeis hacer os pagar un derecho por permitir sacar de ella agua á los pueblos vecinos.
 — Pero si es imposible, dijo la recien casada; la cisterna pertenece al señor del pueblo.
 — El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aqui tenéis el título de pertenencia formado y legalizado en vuestro nombre.
 — Vamos, dijo en voz baja Dorotea tomando el cántaro, el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!
 Al cabo de dos dias vino una orden, no se sabe de

dónde, por la cual se prohibió á los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Alvaro, que se habia quedado solo, en su soledad habia vuelto en si, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vió delante de si los brillantes escudos; pero durante dos dias conoció lo poco provechoso que le serian. Sintió hambre y en vano trató de buscar alimento, porque nadie queria cambiar su oro por viveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algun perjuicio.
 — ¡Compasión, compasión! decia el desgraciado.
 — No hay compasión para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

— Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.
 — Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer, le respondian en todas partes.
 Lleno de hambre, agitado, desesperado Alvaro, llamó á grandes gritos en el bosque al desconocido á cuya generosidad debia sus dolores. En vano recorrió todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En aquella triste situacion, vuelto en si, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole mas que uno que jamás se cerró al desgraciado; aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta eran

recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos: era la casa del cura. Fué, pues allí, se arrojó á sus piés, confesó su crimen, recibió la absolucion y la esperanza que le dió el cura de que Dios no permitiría se llevase á efecto aquella venta.
 Entregó el dinero al cura para que lo arrojase á la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenia. No quiso hacerlo el mismo Alvaro por no volver á tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero á la cisterna, Dorotea, que habitaba una casita cerca de la del cura y que iba todas las mañanas á sacar agua de la cisterna con el cántaro del

desconocido, vió un dia que el agua estaba sumamente baja y por mas esfuerzos que hacia no podia sacar su cántaro. Se volvió á su casa llena de sorpresa al ver que este pesaba mas que lo ordinario.
 — Echame agua, le dijo su marido alargando un vaso, tengo sed, que el agua es el néctar de los pobres y la providencia de los labradores.
 Dorotea echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentadamente y una porcion de escudos de oro aparecieron.
 — ¡Milagro!
 — El cántaro está encantado, replicó el esposo.

— ¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

— ¿Deberemos ocultar esto? observó el prudente marido.

— Hijos míos, les dijo el cura su vecino, que se hallaba sentado á la puerta de su casa y seguía con atención aquella escena, ese dinero es vuestro, podeis gastarlo sin temor, bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechos.

Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternación temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribucion; pero no fué así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exigir retribucion alguna mas que la que antes les pagaban, permitieron sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban tambien alguna moneda de oro. Dorotea sin embargo se ponía triste de cuando en cuando pensando si podria tener efecto la venta que habia hecho su padre con el diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un día á aclararse.

Llegó el día que se celebraba la fiesta de la aldea, y en medio de la alegría, de las músicas, de los juegos y de los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido con gran lujo: era el señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, altivo con los grandes, afable con los humildes, hacia diez años que la habia heredado de su padre; habia estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragon, y era casi un extraño para los habitantes de Solera, en Andalucía, porque habia además pasado una gran parte de sus primeros años viajando é instruyéndose sobre los hombres y las cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban traje de hombres de armas con sus colores, y colgado de la silla del caballo se veía con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trajes de la caballería y de los señores: era un pellejo vacío.

— Y bien, carpintero, dijo á Alvaro confuso y asombrado el desconocido caballero ¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Alvaro no contestó.

— ¿Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento? Hermoso, alegre era aquello, el agua caía á torrentes por fuera y el vino caía á torrentes por dentro.

— ¡Chis, chis! decía Alvaro volviendo la cabeza á todos lados, no me recordéis ese fatal momento que quisiera borrar de mi memoria.

— ¡Cómo, Alvaro! replicó su antiguo parroquiano, ¿despreciáis al comprador de tu mercancía que te la pagó al contado?

— ¡Por compasion, por compasion! repuso Alvaro ocultándose entre la multitud de los villanos; olvidad este crimen que deploro; he hecho ya la penitencia por él: Señor, Señor, libradme de la tentacion de este demonio.

Echóse á reír el caballero con aquella risa estridente que habia empleado la noche de su entrevista con el carpintero, y echándole mano, cogió á Alvaro confundido por esta accion.

— Es muy mal hecho, le dijo afablemente, renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

— Que se me presente Dorotea y su esposo.

— ¡Señor! exclamó la jóven al reconocerle; ¡es el diablo, el diablo que habia comprado mi pobre alma!

— ¡Dios mio! exclamó Alvaro dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose á su vecino para no caerse; ¡es el comprador del alma de mi hija!

— Vamos despacio, dijo el señor; y dirigiéndose al respetable sacerdote añadió: tranquilizad á estas buenas gentes; yo no soy un espíritu sino el amigo de todos: Alvaro, tú eres un carpintero excelente, y mas que un obrero eres un artista. He oido y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte. Yo soy el que llené el pellejo de vino de manzanilla para probar hasta dónde puede llegar la borrachera. Yo soy el que te propuse la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de esta buena niña: hacer el diablo no es difícil con una peluca roja y al resplandor de los relámpagos de una noche de truenos, de tempestad, y llevando por escuderos á nueve hombres de armas tubieros con capas negras.

— ¡Cómo, señor, qué ventura! dijo Dorotea, ¿érais vos al que yo hice beber por tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

— Yo te lo regalé por haber ocasionado tu desgracia; pero el cántaro estaba bendito por el cura que sabia mi secreto.

— Y esa cisterna, preguntó el marido de Dorotea, ¿por qué oculta oro?

— El arrepentimiento del culpable ha favorecido á los inocentes, contestó el cura. Alvaro me habia encargado que destruyese el precio de su traicion y lo arrojé á la cisterna á fin de contribuir á premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habeis manifestado buenos cristianos y habeis llamado á vuestros amigos á participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua, el Señor os ha recompensado. Teneis ya el aprecio de todos y el afecto de cada uno en particular. Vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Solera quiso tener á Dorotea y á su marido á su servicio, nombró á este su escudero y los llenó de favores,

Alvaro se hizo viejo y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del cura para resolverse á beber un poco de agua y vino, y gracias á su templanza vivió cerca de un siglo.

Hoy que hace cerca de cuatrocientos años que se han verificado los sucesos que acabamos de contar, existe aun en Solera la cisterna maravillosa; solo que ha cambiado su nombre por el de Fuente de la Negra; su agua es fresca y cristalina como en tiempo de Dorotea.

El palacio feudal ha sido restaurado y presenta el aspecto que tenia en su primitiva época. Aun parece un centinela que vela continuamente sobre el pacífico señorío de Solera.

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

Artistas célebres.

JOHN FLAXMAN.

Cuatro hermanos de la familia de Flaxman pelearon en Naseby en las filas del ejército parlamentario. El mayor, llamado Jaime, recibió dos balazos, mientras iba en persecucion del rey, que le rompieron ambos brazos; Francisco murió en el campo de batalla, y el tercero, cuyo nombre no se ha conservado, llegó á Irlanda con el ejército victorioso. El menor, llamado Juan, renunció á la carrera de las armas, y se estableció en el Buckinghamshire, como colono, segun unos, ó como arriero, segun otros; y este fué el bisabuelo del insigne escultor cuya vida y tareas queremos dar á conocer. El padre de este ilustre artista, que como este y su bisabuelo, se llamaba Juan, era un simple amoldador de figuras, que por falta de recursos en Lóndres, solia recorrer el país con su mujer, para dar salida á sus mercancías; y en una de estas peregrinaciones, nació Juan Flaxman en York, el 6 de julio de 1755, pero tan débil y enfermizo, que se desesperó de su vida. A los seis meses de su nacimiento, su padre lo condujo á Lóndres con un hermano primogénito llamado William, que mas tarde habia de descollar como grabador sobre madera. A mas del trabajo á que se dedicaba para los escultores, el viejo Flaxman habia establecido en New-street para la venta de las figuras de yeso una tiendecita que trasladó despues al Strand. Esta pequeña tienda fué el sitio donde el jóven Flaxman desarrolló su gusto para las bellas artes.

Desde su infancia pronosticó Flaxman una complexion sosegada y un genio entusiasta. Como la endeblez de su cuerpo le atajaba los animados juegos de la edad infantil, supo proporcionarse recreos solitarios. Sentado en una silla de manos muy pequeña, pero de elevacion suficiente para descubrir los objetos exteriores, delante de una mesita cubierta de papeles, libros y pinceles, pasaba los días en la lectura y el bosquejo de algunos dibujos, partos de su fantasia.

La gravedad y las gracias de sus modales, la pasion que manifestaba al estudio, y su gusto para el dibujo llamaron en breve la atencion de los vecinos; y como los inteligentes que frecuentan los almacenes de relieves están generalmente dotados de instruccion y buen gusto, observaron que el pobre y pequeño inválido era muy superior á los niños vulgares.

Complaciábase sobremanera en examinar los efectos de su tierna fantasia, en oírle referir sus lecturas, y sobre todo, la pasion con que escuchaba las narraciones que se le hacian de poetas, escultores y héroes célebres.

En sus primeros ensayos se observan algunas escenas sacadas de Homero, que vinieron á ser un prelude para uno de sus modelos. Sin embargo, parece que estos bosquejos no manifestaban un talento superior, si es cierto que el escultor Roubiliac, que le dió, segun se dice, las primeras lecciones de su arte, declaró, como se asegura en los talleres, que no habia en ellos sintoma alguno de un númen superior; bien que esta anécdota no deja de ser muy sospechosa, supuesto que apenas tenia Flaxman siete años cuando Roubiliac murió, época en que su complexion, débil todavía, le precisaba á permanecer en la tienda de su padre.

Por otra parte, no seria extraño que fuese esta una de aquellas profecías desgraciadas, bastante familiares entre los viejos artistas y poetas, que procuran al parecer atajar el rumbo de los que deben dar impulso á su númen.

Entre los inteligentes imparciales que adivinaron el númen del jóven Flaxman, debemos citar entre los de primer orden al ministro Mathew, hombre de gusto y dotado en un grado eminente de talento para las artes.

Un día que se encontraba en la tienda del viejo Flaxman, al cual habia llevado un busto para restaurarlo, observó un niño sentado en una pequeña silla, leyendo con mucha atencion un libro puesto sobre otra silla mas elevada que hacia las veces de atril.

Movido al aspecto de aquel niño, le preguntó qué libro leía, y el jóven Flaxman, levantándose con su cayado, le saludó sonrosado, y le contestó que era un libro latino que procuraba entender.

— Maravilloso y amable niño, le dijo el ministro Mathew; ese libro no os conviene todavía, ya os traeré yo otro mañana.

Mathew cumplió su palabra, y el jóven discípulo se apresuró á sujetarse á la nueva direccion dada á sus es-

tudios. Este encuentro fortuito fué el principio de una inalterable amistad.

En esta entrevista mostraba ya Flaxman el carácter que le ha distinguido en la larga carrera de su vida, porque la infancia abriga el germen de todas las prendas que se desarrollan en la edad viril.

La suma cortesía y la diferencia de este grande artista para con los consejos de los hombres de gusto eran ciertamente la ingenua expresion de un pecho benévolo y de un entendimiento dócil y apreciable.

Además, aunque guiado por el instinto de su númen, obedeció en casi todas sus obras al impulso de los inteligentes que eran sus patronos ó consejeros.

A los diez años de su vida, se verificó una feliz revolucion en la salud del jóven Flaxman. Hasta entonces su complexion delicada y enfermiza le obligaba muy á menudo á interrumpir su estudio, y la necesidad de sostener sobre muletas su cuerpo lánguido no le permitia tomar parte en las diversiones propias de su edad.

Pero pronto le dió fuerzas la salud, de suerte que abandonó para siempre sus muletas; un nuevo genio reanimó su cuerpo abatido; y aquel niño, que poco antes no se levantaba de su silla de manos sino para trasladarse á la cama donde le obligaban á permanecer los dolores mas agudos y penetrantes, solo anhelaba ya seguir en lo posible las huellas de los héroes de novela.

La lectura de *Don Quijote* lanzó su imaginacion por la carrera de las aventuras, y bien penetrado de los deberes de la caballería andante, púsose en disposicion de salir á campaña, para enderezar tuertos atravesando campos y montañas, cual lo hiciera el caballero de la Mancha.

De consiguiente, un día por la mañana partió sin dar cuenta á nadie de su heroica empresa, solo y sin escudero, y consistiendo toda su armadura en una pequeña espada francesa que, manejada por él, debia obrar los mayores portentos contra la felonía, y afianzar el triunfo de la inocencia oprimida.

Pertrechado de esta suerte, vagó todo el día por los contornos de Hyde-Park sin poder ejercitar su heroismo; y así desahuciado de hallar encantador que combatir, ó doncella que libertar, acosado al mismo tiempo del hambre, volvió á entrar en su casa algo corrido de su desventura. De esta misma suerte se verificó la empresa de Bernardino de Saint-Pierre, el cual, con la cabeza enardecida por la lectura de la *Vida de los santos*, burló cierta mañana la vigilancia de sus padres, y buscando en los contornos del Havre una ermita donde pudiera mortificar su cuerpo y convertirse en rival de los santos anacoretas, tuvo que abandonar su empresa, perseguido por el hambre que puso fin á su santidad, del mismo modo que al heroismo de Flaxman.

A pesar de todo esto, el caballero de Hyde-Park conservó siempre para el modelo de su infancia una viva admiracion, porque es indudable que los verdaderos artistas son todos de la familia de Don Quijote, amantes desinteresados de la verdad y la belleza, y de consiguiente situados algun tanto entre una sociedad prosaica donde los principios de Sancho cuentan una inmensa mayoría á su favor. Esta leyenda de familia da alguna verosimilitud á otra anécdota que vamos á referir, aunque sin salir fiadores de su certeza. Flaxman, segun se dice, describia cierto día una estatua muy apreciable por la verdad de sus proporciones, y sobre todo por un carácter de belleza heroica, que alguna vez habia visto en Italia; pero como no bastaba la palabra para declarar enteramente su pensamiento, tomó la posicion del modelo que describia, levantó la mano, y extendiendo el brazo derecho, dijo á sus oyentes: «Miradme.»

En medio de su exaltacion de artista, olvidó el buen Flaxman la pequeñez de su talla y sus desigualdades, bien así como en otro tiempo se hiciera ilusion sobre la invencible fuerza de su brazo y la intrepidez de su pecho. La imaginacion, dice Montaigne, es suma locura, bien que es sin disputa la madre de las bellas artes.

Restablecido Flaxman, prosiguió sus estudios con nuevo ahinco. La tienda de su padre era su taller y su academia; los modelos antiguos que tenia á la vista eran proporcionados, por su nobleza y serenidad, á la sublimidad y pureza de su fantasia; nunca se cansaba de contemplarlos y reproducirlos, ya con el lápiz, ya con la cera, que tomaba todas las formas que querian sus dedos inteligentes.

Si fuese cierto que Roubiliac no reconoció ninguna chispa de númen en los ensayos de su infancia, no fué tampoco mas bien tratado por otro artista, al cual presenté el dibujo de un ojo humano; pues en tono de burla le dijo:

— Esto se parece á una ostra.

Esta injusta sentenzia de Mortimer causó profunda impresion en el corazon sensible de Flaxman, bien que no le desalentó de modo alguno; antes al contrario, propúsose no sujetar en adelante sus tareas á las burlas de los pedantes, que creen dar testimonio de habilidad humillando la infancia.

La conviccion íntima de su talento, al paso que le escudaba contra cualquier chiste satírico, le sostenia en sus afanes, y la indiscreta ironía de un mal gusto no destruyó la esperanza de inmortalidad que concibiera, cuando en su edad infantil pasaba los días en la lectura de los poetas, en presencia de los héroes cuyas hazañas y nobles imágenes estaba admirando.

La casa de M. Mathew estaba abierta á todas horas al jóven Flaxman, y la mujer de aquel respetable ministro se complacia en hablarle de objetos propios para excitar la imaginacion del jóven artista.

Refiérese que mientras mistress Mathew leía á Homero

y comentaba las pintorescas bellezas del padre de la poesía, Flaxman estaba á su lado, realizando con sus facciones las escenas que mas vivamente le halagaban. Estos ensayos de su juventud se han conservado aun; y en ellos se ve impreso ese tranquilo embeleso y esa energía sosegada que caracterizan los pasos célebres que sacó despues del mismo poeta. El gusto que desplegó en aquellos primeros trabajos obligó á M. Crutchely de Sanning-Hill-Park á pedirle una serie de dibujos hechos con lápiz negro, de veinte y cuatro pulgadas de alto, sobre objetos sacados de la antigüedad. Estos dibujos representan un *Edipo ciego conducido por su hija Antígona al templo de las Furias*; *Diomedes y Ulises sorprendiendo al espía Dolon*; *los Troyanos llorando sobre el cuerpo de Hector*; *Alejandro tomando la copa de manos de su médico*; *Alceste abandonando sus hijos y sacrificando su vida por salvar la de su esposo*; y por fin, *Hércules sacando á Alceste de los infiernos*.

Los elogios concedidos á aquellos ensayos, todavía imperfectos, animaron á su autor; los amigos, mas benévulos y prudentes en sus críticas que el burlon Mortimer, vaticinaron ya desde entonces su futuro engrandecimiento; pero al mismo tiempo procuraron hacerle comprender que la celebridad es el premio de los estudios graves; y que habia de dirigir sus estudios por la senda que le prescribía su númer, meditar detenidamente los modelos de heroísmo y gracia para estampar en sus obras el carácter de belleza absoluta que cautiva vivamente todos los climas y todos los siglos.

A los quince años, entró Flaxman en clase de alumno en la Academia Real. En 1770, expuso una figura de *Neptuno* en cera, y en 1827, expuso la estatua de *John Kemble*, en mármol, sus primeras y últimas obras, entre las cuales medió un periodo de cincuenta y siete años dedicados enteramente al estudio de la escultura.

A los veinte años, solamente habia remitido diez obras á la Academia; pero en esta época su principal estudio consistia en el dibujo. No se tributan grandes elogios á sus primeros trabajos de escultura, bien que no carecen de mérito, puesto que su propio busto, que trabajó á los veinte y tres años, es un modelo de fuerza y natural. Una de aquellas figuras representaba la *Comedia griega*, otra una *Vestal*, y el resto consistia en bustos de amigos.

Su entusiasmo y aplicacion le distinguieron pronto entre los alumnos de la Academia. Su estatura alta y delgada, sus miradas graves y pensativas, su aplicacion invariable, la rapidez de sus progresos, le grangearon pronto el afecto de sus maestros, en grado tan eminente, que se empezó á hablar de él como de un sugeto de quien hay que esperar muchísimo.

Blacke y Stothard fueron sus principales amigos: en las composiciones salvajes del primero, veia mas elevacion poética; pero en las del segundo, aquella gracia femenil y aquella sencillez y naturalidad que le dan un puesto tan elevado entre los maestros del arte.

Preferia pensar y meditar con Blacke sobre todo, y entrambos se complacian juntamente en dar forma y algunas veces color á las rápidas creaciones de su fantasia. Del color he hablado, porque durante este periodo de sus estudios, hizo algunos ensayos de pintura al oleo tan felizmente, que uno de sus cuadros, *Edipo y Antígona*, fué cambiado con un *Belisario* del Dominiquino. Es bien sabido que muchos pintores suelen modelar sus figuras antes de pintarlas; pero nadie extrañará que Flaxman pintase las suyas antes de modelarlas, puesto que así lo hacia antiguamente los artistas griegos.

— Me parece, dice Wilkie en una carta que escribió en su último viaje á Roma, que los artistas de la antigüedad aprendian antes á pintar, y en seguida á esculpir.

En efecto, el arte parece tan libre en el trabajo del mármol, que el aspecto de aquellas esculturas me recuerda lo que nosotros llamamos *superficie* en la pintura, y se descubren allí tan deslindadas la luz y las tinieblas, que el pincel del mismo Corregio seguramente no las habria distribuido con tanta habilidad. En nuestros días, la pintura y la escultura tienen mas ensanche que entre los griegos, pues las estatuas y los bajo-relieves eran pintados ó trabajados en el mármol de varios colores, y las pinturas privadas de perspectiva no eran mas que bajo-relieves coloridos.

Nadie comprendia con mas perfeccion que Flaxman la verdad de esta teoría, bien que nunca admiró tanto la antigüedad, que llegara á trabajar estatuas en mármol de varios colores, ó pintarlas y dorarlas á imitacion de los griegos y artistas de la edad media. El queria que el mármol se explicara por sí solo, y se burlaba de los artificios de Canova, el cual daba un tinte amarillo á sus estatuas para imitar los efectos del tiempo, y daba el color de rosa á las megillas de Hebe.

Flaxman, que á los quince años habia alcanzado de la Academia la medalla de plata, concurrió igualmente para obtener la de oro, cuando cumplió con la edad señalada para el nuevo concurso. El rival de Flaxman era Engleheart, artista laborioso, pero sin originalidad, bien que no es esto un título de desmérito para con los académicos.

Cuando la Academia se reunió para proclamar al vencedor, todos los alumnos, que admiraban la obra de Flaxman, le aseguraban anticipadamente el premio con vivas aclamaciones repetidas por los concurrentes; pero no sin causar viva extrañeza proclamó Josué Reynolds la obra de su rival. Este chasco conmovió en gran manera á Flaxman; pero la sentencia de los académicos habia sido desaprobada anticipadamente por todos los discípulos,

Engleheart debia su victoria á las preocupaciones tan naturales á los viejos artistas, que no admiran mas que sus imitadores. Esta mala disposicion del entendimiento humano aparta á todos los institutos y academias del objeto de su establecimiento; supuesto que siendo fundadas únicamente para promover los progresos de las ciencias y artes, entorpecen su marcha al menos, si ya no la atajan.

Muy á menudo se imputan al favor ó envidia esas decisiones que escandalizan á los hombres dotados de buen gusto; pero por lo general están ajenos de tales sentimientos; pues su principio consiste únicamente en el espíritu de rutina que nace naturalmente de la pereza y del amor propio. Ya se ve; ¡es tan cómodo tener en el ánimo un tipo invariable é imparcial, un criterio de belleza que sirva de base á todas las resoluciones, y tan grato encontrarlo en sus propias obras!

La viva sensacion que experimentó Flaxman, lejos de abatir su ánimo, fué al contrario un nuevo aguijon para su númer; pero su padre tenia tan cortos haberes, que no bastaban para mantenerle en el largo noviciado que abre la carrera de las artes, y de consiguiente tuvo que dedicarse á trabajos de órden inferior para vivir.

Los hombres dotados de númer pueden considerarse venturosos en haber sufrido las mortificaciones á que los condena la miseria; pues su alma, al salir de ellas, se halla dotada de un temple maravilloso. Ben Johnson fabricaba ladrillos, Burns condujo el arado, Gifford hacia zapatos; pero á pesar de eso, ninguno perdió su númer en tan rústicas faenas.

Por lo demás, estos oficios toscos eran todavía mucho mas ajenos de la poesía que no lo eran de la escultura los modelos que compuso Flaxman para la fábrica de los Wedgwoods.

Los trabajos que ejecutó para aquella fábrica de loza lo dejaban en el camino de sus primeros estudios. La mayor parte de aquellas obras consistian en pequeños grupos en relieve de muy poca salida, que versaban sobre objetos sacados de la historia y de la poesía. Flaxman, que respetaba su númer aun en los trabajos mercenarios; dió á sus composiciones un carácter tal de belleza y naturalidad, que fueron apreciados en un grado muy eminente por todos los inteligentes. Despues de su muerte, todos estos modelos fueron muy estimados y pagados á un precio muy subido.

De esta suerte pasó Flaxman unos diez años, durante los cuales expuso cierto número de composiciones en la Academia Real. Entre sus obras se cita el modelo de un monumento dedicado al desventurado Chatterton, víctima del númer y de la desdenosa proteccion de un ignorante Mecenas.

La mayor parte de estas obras fueron hechas en barro ó en lápiz de Paris, y en pequeñas dimensiones, lo cual prueba que los principios de nuestro artista fueron muy desvalidos; porque si hubiese encontrado protectores ricos, hubiera sin duda esculpido en mármol algunos de aquellos modelos.

Por lo demás, tantos obstáculos como le oponia su crítica posicion no le detuvieron un momento en su carrera; pues á fuerza de trabajo y templanza, supo hacerse superior á tantas dificultades.

En 1782 dejó la habitacion de su padre para tomar en Wardour-street una casa y un taller. En la misma época, casó con Ana Denman, á quien amaba desde largo tiempo, y que parecia haber nacido para enlazarse con él. A mas de las prendas del corazon, estaba dotada de gusto é instruccion; pues hablaba el italiano y el francés, y tambien poseia, como su marido, el idioma de Homero; pero lo mas apreciable era el entusiasmo de que rebotaba para con el númer de Flaxman, cuyo corazon alentaba en los momentos de afliccion, y los consuelos que le daba en medio de los afanes domésticos, que los artistas no desprecian impunemente. Estos dos esposos eran una misma carne y sangre, segun una expresion mas bíblica que parlamentaria.

Flaxman estaba prendado de esta felicidad doméstica, pero no por esto le sacrificaba sus esperanzas de gloria, cuando casualmente encontró á sir Josué Reynolds.

— He oido decir que os habeis casado, le dijo desapaciblemente el presidente de la Academia; si esto es cierto, estais rematado como artista.

Flaxman, de vuelta á su casa, sentóse junto á su mujer, y tomándole la mano, le dijo con una sonrisa mezclada de gozo y tristeza:

— Yo estoy rematado como artista.

— ¿Cómo ha sucedido eso, y por qué causa?

— En la iglesia, esposa mia, se ha verificado por la interposicion de Ana Dennam; lo he sabido por sir Josué Reynolds, el cual acaba de anunciármelo.

Esta sentencia irracional nubló la felicidad de Flaxman y le dió mucho que cavilar sobre su porvenir de artista, de suerte que para desmentir formalmente la siniestra prediccion de Reynolds, resolvió hacer un viaje por la Italia; y queriendo verificar su proyecto sin tener que recurrir á la generosidad de la Academia, estuvo acaudalando por espacio de cinco años, cuyo intervalo no quedó malogrado para su gloria.

En esta misma época compuso para la catedral de Chichester el monumento de Collins, á quien representa sentado leyendo la Biblia, único libró que abriera este poeta en toda su vida. Su lira y obras poéticas yacen por tierra, esparcidas sin órden en señal de menosprecio.

Otro monumento, pero de estilo mas sublime, es el de mistress Morley en la catedral de Gloucester. Esta desgraciada madre, que pereció con su hijo en un naufragio, se representa allí elevada algun tanto sobre la superficie de las olas y respondiendo á la voz de los ánge-

les que le muestran su lugar señalado en el cielo.

En estas dos composiciones se descubren aquella belleza y serenidad sencilla y majestuosa inherentes á la santidad de los pensamientos. Se ignora todavía por qué motivo preferia á estos dos monumentos un grupo de *Venus y de Cupido* que compuso en aquella misma época para su amigo M. Knight de Portland-Place.

Apenas se vió Flaxman en posesion del pequeño caudal que debia asegurar su subsistencia durante su permanencia en Italia, se encaminó á aquel pais clásico de las bellas artes. Los diarios de aquella época anuncian su partida en los términos siguientes:

«Sabemos que el escultor Flaxman va á dejar su modesto gabinete de Wardour-street para partir á Roma.»

En la capital del mundo cristiano, Flaxman se vió casi deslumbrado por los magníficos restos del arte antiguo y por el esplendor del arte moderno. No dejó de reconocer que los grandes artistas de Italia eran verdaderos poetas que se servian del mármol y del color para expresar los mas elevados pensamientos.

La crítica no les forzaba á replegar las alas de su númer, pues el gusto y la naturaleza eran sus únicos maestros; y su inspiracion, excitada por el voto unánime de un pueblo que solo juzga por el sentimiento las obras de la fantasia, producía sin conatos los portentos de pintura y escultura que condecoran las paredes y cúpulas de todas las iglesias.

La condicion de los artistas en Francia é Inglaterra es mortal para la inspiracion. La crítica que atormenta á los supuestos inteligentes impone á los artistas un largo trabajo de reflexion que hiela la fantasia; y difunde su frialdad é indiferencia sobre las mejores obras de los mas bellos ingenios.

(Se continuará.)

Exposicion universal de 1867.

PLATERÍA FRANCESA Y EXTRANJERA, JOYERÍA, BISUTERÍA, ETC.

(Continuacion.)

Al continuar nuestras visitas á la platería francesa y extranjera, nos es imposible no deplorar dos cosas, á saber: por una parte el órden con que se han repartido las recompensas similares de oro y plata, y del cual resulta que expositores honrados con la misma medalla, que hubiesen aceptado gustosos si hubiesen seguido la gerarquía alfabética, que habria atestiguado la igualdad de mérito, protestan ahora contra la categoría que se les señala en la lista; y por otra, la confusion introducida por un sistema de clasificacion que ha separado tres industrias que no forman mas que una, la platería, la bisutería y la joyería, y que no pueden existir sino juntas.

Con efecto, salvo dos ó tres casas que se entregan á la fabricacion corriente, puramente comercial y nada artística, no hay hoy platero que fabricando la joya de aderezo ó de sobremesa, no emplee el esmalte ó las piedras preciosas; así como el joyero por su parte sabe tambien el trabajo de platería para las grandes piezas de adorno. Ya se acabaron pues las limitadas categorías de la antigua clasificacion: el platero, bajo pena de cerrar su tienda, debe saber manejar lo mismo la perla que el metal, debe saber componer un estuche lo mismo que un centro de mesa, y esta encarnacion final de los tres ramos en uno solo, no es una de las cosas menos curiosas de la Exposicion de 1867.

Basta echar una rápida ojeada á los escaparates para ver que la fusion es universal, la madre-industria una, la demarcacion imposible. Pero aun se ha hecho mas sin embargo: sin duda estaba escrito que la lógica saldria tan mal parada como la sensatez y el mérito individual. Así, mientras un pintor-esmaltador, M. Lepec, grande y maravilloso artista si los hay, pero nada mas que esmaltador y no pintor, obtenia con la cruz de honor de que nadie es mas digno, la primera de las medallas de oro destinadas á la platería propiamente dicha, otros pintores esmaltadores que deben como él su celebridad á este género único, eran recompensados ya en el grupo I de las obras de arte, ya en la clase 8 del grupo II de las Artes liberales, ya en las clases 22 (bronce) y 17 (porcelanas) del grupo III de los muebles, ya en fin en la clase 94 de los « obreros jefes de oficio » donde se ha encontrado oportuno conceder á la princesa Carlos de Beauvau por sus inimitables bordados, una medalla de plata que tenia su puesto natural en otra parte.

Volviendo á los plateros y esmaltadores, ha habido uno, y de los mas famosos, Duron, que ha estado á punto de verse en la ebanistería. Sin embargo, felizmente para el jurado, Duron ha recibido como joyero su recompensa, menos bella seguramente que sus copas de onix ó de jaspe sanguíneo, sus vasos de lapis ó de agata, y sobre todo ese maravilloso marco de cristal de roca que rodea un espejo de 1540.

Continuemos los ejemplos:

En la seccion italiana un platero de verdadero genio, Castellani, ha sido recompensado como joyero puro y simple, y su medalla de oro está la cuarta en la lista,

Así también una de las medallas de oro mejor dadas, la de M. Emilio Philippe, platero al mismo tiempo que dibujante, modelador, adornista, estatuero y joyero de 1.º orden, solo está mencionado en la clase 8 (Plástica aplicada á las artes industriales). Así también dos de las primeras clases de Inglaterra, MM. Hunt y Roskell y Hancock padre é hijo, aunque no han separado su exposición y han obtenido dos de las medallas de la Platería, figuran en la clase de la Bisutería con una medalla de plata, de lo que resulta esta anomalía, que unos productos de origen, trabajo y procedimientos exactamente idénticos, expuestos en el mismo escaparate y bajo el mismo nombre, reciben dos recompensas distintas.

Podríamos multiplicar los ejemplos; pero nada más que en la clase que nos ocupa no bastaría este número de nuestro periódico, y en cuanto á las otras no exageramos afirmando que con lo que hemos visto y recogido se llenaría fácilmente un abultado tomo.

En cuanto al orden en que habríamos querido que, á falta de la equivalencia alfabética desfilasen las remuneraciones, — después de



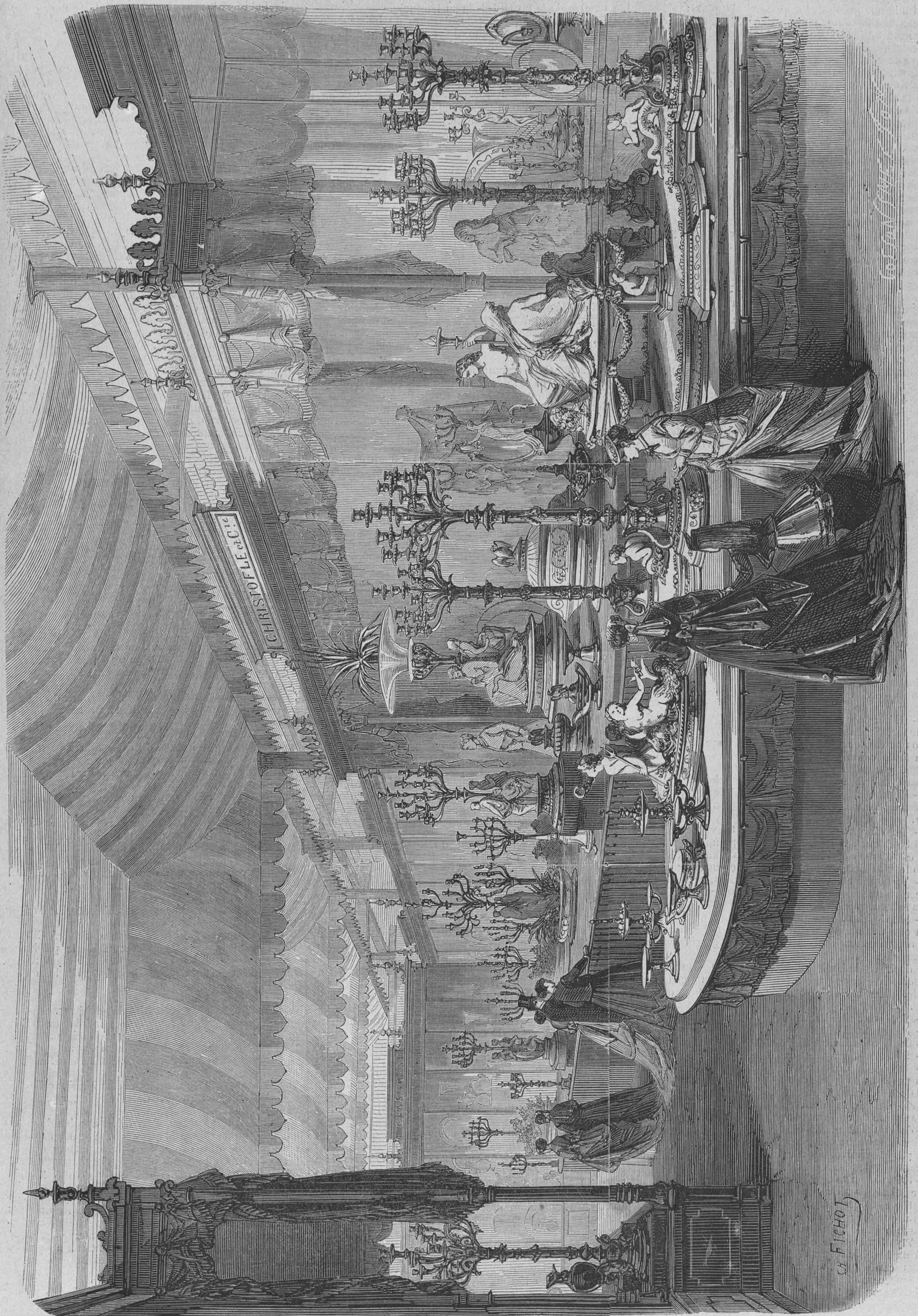
EXPOSICION UNIVERSAL. — Jovería árabe: Joyero montando diamantes.

Christoffe fuera de concurso, después de Froment-Meurice, á quien hemos señalado el primer puesto, porque es injusto que ocupe el quinto que le ha impuesto el jurado, — en la revista sumaria que haremos en nuestro próximo artículo, trataremos de probar que si el número 2 pertenece á los hermanos Fanniére, esos incontestables maestros del dibujo de estilo y del cincelado idealizado, habría debido seguirles inmediatamente Castellani. La honorable casa que se ha llevado la tercera medalla, ha debido obtenerla en razón á su pasado, y no por ese servicio de mesa del duque de Galiera, pesado macizo, extendido en un espacio de mesa, tan vasto como era antigua su notoriedad, y á quien habría convenido la medalla de plata tanto más cuanto que los productos de M. Marrel en composición y mano de obra, no se han llevado por esta misma razón de vetustez, sino la misma recompensa.

Después de Castellani deben figurar: Emilio Philippe, ya citado; los dos primeros laureados de las dos clases, Duron y Lepec; Armand-Caillet, el rey de la platería religiosa, y su rival M. Poussielgue-Rusand, menos brillante, menos



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galería de los Muebles: El Brasil.



CHRISTOFLE & C^{ie}

EXPOSICION UNIVERSAL. — Centro de Mesa de la Villa de Paris.

A. FICHOI

artista, pero mas serio y mas católico; Duponchel, Rudolphi, no obstante su medalla de plata; Baugrand, fuera de concurso como jurado, pero digno por su exposicion de juzgar á sus compañeros; los dos ingleses Elkington Hancock, Hunt y Roskell; su compatriota Philips; el ruso Sasikoff; Rouvenat, Fontenay, Massin, Mellerio; y finalmente, estos seis nombres á cual mas recomendables, Trioullier, Bapst, la viuda Nattan, Zuloaga de Madrid, Rossel hijos y Reynaud de Ginebra, en los cuales la medalla de plata forma un contraste no menos lúgubre que la de bronce cerca de los nombres, dignos de mejor suerte, de Wiese, Dotin, Roucou y Perot, ó que la mencion honorífica aplicada á los señores Meisner, Robillard y Coffignon.

Así se oye en el día una protesta general contra las arbitrarias decisiones del jurado.

Seguramente, el dibujo que publicamos en este número y que representa la exposicion de M. Christoffe, en la cual descuella el magnífico centro de mesa de la villa de París, obra incomparable de riqueza y de gusto, prueba que por el esplendor y variedad de los productos, la casa de que es jefe M. Christoffe, se halla á la cabeza de las diferentes industrias que representa. Pues bien, á pesar de esto, no nos atrevemos á afirmar que simple expositor como los otros, hubiese obtenido la gran medalla de honor tradicional en su familia, y que el público le concede con voz unánime. Bajo este concepto, le felicitamos altamente de haberse visto por sus funciones de jurado, dispensado de tomar parte en un concurso que quizás no habria sido para él mas remunerador que para otros jefes de fabricaciones excelentes, plateros, impresores, editores, bronceístas, ebanistas, ceramistas, tejedores, constructores, mecánicos, productores de toda clase, sin contar los artistas propiamente dichos, de los cuales no hablamos, y que mas desdichados aun, pues eran los suyos los que les juzgaban, han sacado de la Exposicion de 1867 tantas y tan amargas decepciones como triunfos incontestables alcanzaron en las exposiciones precedentes.

P. A. R.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Hecho esto, detúvose un instante junto á otra que se unia con la primera formando un ángulo recto, y despues de descargar su pistola, huyó á todo correr.

— ¡Hola, hola! gritó una voz temblona á lo lejos; ¡Pucher, Neptuno, aquí, aquí!

Los perros, que parecian repugnar aquella clase de caza tanto como sus amos, obedecieron á la primera orden, y tres hombres, que habian avauzado solos á cierta distancia, se detuvieron para deliberar.

— Mi parecer, ó mejor dicho, mi orden, dijo el mas grueso de los tres, es que volvamos inmediatamente á casa.

— Todo lo que convenga al señor Giles me conviene á mi tambien, replicó un hombre pequeño y rechoncho, que estaba muy pálido, y se mostraba tan cortés como se muestran siempre todos los que tienen miedo.

— Yo no me atreveré á contradeciros, señores, dijo el tercero que acababa de llamar á los perros. El señor Giles sabe muy bien lo que se hace.

— Sin duda, replicó el hombrecillo, y no hay razon para que nos opongamos á la opinion del señor Giles. No, no, yo conozco mi posicion; á Dios gracias conozco mi posicion.

A decir verdad, el hombrecillo no se engañaba, y conocia en efecto que su posicion no era nada envidiable, pues el miedo le hacia temblar como un azogado.

— Teneis miedo, Britles, dijo el señor Giles.

— No, contestó el interpelado.

— Os digo que sí, replicó Giles.

— Es falso, señor Giles, repuso Britles.

— Vos sois el que miente, Britles.

La observacion irónica de Giles fué la que motivó las duras contestaciones de Britles, y si el primero se habia burlado del segundo era porque le indignaba que se echase sobre él en forma de cumplido la responsabilidad de la retirada. El tercer individuo puso fin á la contienda con una observacion muy filosófica.

— ¡Bah! señores, si quereis que os lo diga con franqueza, todos tenemos miedo.

— Hablad por vos, caballero, dijo Giles, que era el que estaba mas pálido de los tres.

— Eso es lo que hago, contestó el otro; nada mas natural que tener miedo en semejantes circunstancias. En cuanto á mí, tengo miedo.

— Y yo tambien, dijo Britles; pero no se puede decir eso á un hombre formal.

Estas confesiones, llenas de franqueza, calmaron á Giles que reconoció que tenia tanto miedo como los demás. Entonces todos tres volvieron las espaldas y echaron á correr con una unanimidad conmovedora, hasta que el señor Giles, cuya respiracion era corta y á quien entorpecía una gran horquilla de que se habia

armado, pidió cortésmente que se hiciese alto, para excusarse de la vivacidad de su lenguaje.

— Es extraño, dijo Giles despues de haber dado sus explicaciones, es extraño el ver hasta qué punto puede excederse un hombre cuando le ciega la cólera; estoy seguro que hubiera cometido un asesinato si cojo á uno de esos bribones.

Como los otros dos eran del mismo parecer, y por otra parte se habian calmado ya tambien, trataron de averiguar qué causa podria haber producido semejante cambio en su temperamento.

— Ya sé lo que es, dijo el señor Giles; es la valla.

— No me extrañaria, repuso Britles fijándose en esta idea.

— Estad seguro, contestó Giles, que la valla es la que ha refrenado nuestro ardor; yo sentí el mio abandonarme tan pronto como la salté.

Por una coincidencia digna de observar, los otros dos habian experimentado la misma sensacion desagradable precisamente en el mismo momento. Era pues evidente para todos tres, que la valla era la verdadera causa, tanto mas cuanto que no habia duda acerca del momento preciso en que se produjo en ellos el cambio, pues todos recordaban que al saltar la valla fué cuando divisaron á los ladrones.

Este diálogo tenia lugar entre los dos hombres que sorprendieron á los ladrones y un calderero ambulante que habia pasado la noche en un cobertizo, y á quien se despertó así como á sus mastines para tomar parte en la persecucion.

El señor Giles desempeñaba á un tiempo las funciones de despensero é intendente de la anciana señora, propietaria de la casa, y Britles servia para todo, pues habiéndosele admitido en aquella siendo muy niño, tratabasele siempre como á un chico á pesar de sus treinta años.

Hablaban pues, segun ya hemos visto, para inspirarse mutuamente valor, pero caminaban á buen paso, oprimidos, uno contra otro, y lanzando en derredor una mirada inquieta por poco que el viento agitase las ramas de los árboles.

Dirigiéronse presurosos en primer lugar á una encina, al pié de la cual habian dejado su linterna, y despues de haberla recogido, temerosos de que la luz pudiese servir de blanco á los ladrones para hacer fuego, se encaminaron á la casa, mas bien corriendo que andando.

Mucho tiempo despues se distinguia su sombra móvil, agitándose en lontananza semejante á una vision fantástica.

El aire iba siendo mas frio á medida que iba avanzando el día lentamente, y la niebla cubria la tierra con una espesa nube de humo.

Hallábanse los senderos llenos de lodo y fango, y oíase el triste mugido del viento, y Oliverio continuaba siempre inmóvil é inerte en el mismo sitio en que le dejó Sikes.

Dejóse ver por fin la luz del día; un pálido fulgor iluminó el cielo, marcando mas bien el fin de la noche que el principio de la mañana, y los objetos, que en la oscuridad parecian espantosos y terribles, iban siendo cada vez mas distintos y tomaban poco á poco su aspecto habitual.

Una lluvia menuda y compacta azotaba los troncos de los árboles; pero Oliverio privado de conocimiento, á la orilla del foso, estaba muy lejos de sentirlo.

Al fin un grito de dolor rompió aquel largo silencio, y al lanzarlo despertóse el muchacho. Su brazo izquierdo, malamente envuelto en un vendaje cubierto de sangre, pendia sin fuerzas, y hallábase tan débil, que apenas pudo ponerse en pié.

Cuando lo hubo conseguido, miró lánguidamente á su alrededor para buscar socorro, y el dolor le hizo exhalar un gemido.

Temblando de frio y cansancio, esforzóse para dar un paso, pero apoderóse de él un estremecimiento general, y volvió á caer en tierra.

Habiendo recaido por algunos instantes en el estado de estupor en el que habia estado tanto tiempo, y sintiendo un horrible malestar, presagio de una muerte cierta, si permanecia en el mismo sitio, Oliverio volvió á ponerse de pié y trató de andar.

Hallábase trastornado y vacilaba como un hombre ebrio; mas á pesar de esto, pudo sostenerse, é inclinando la cabeza sobre el pecho, avanzó con paso incierto sin saber dónde iba.

Cruzábanse en su mente una multitud de ideas extrañas y confusas, parecia que caminaba aun entre Sikes y Crackit, que sus palabras herian sus oídos, y aun creia sentir la diestra del primero oprimir fuertemente su mano.

De repente estremeciése al ruido de una detonacion; figurábasele oír agudos gritos entre un espantoso tumulto; veia luces brillar ante sus ojos, y al fin, sentíase encadenado por una mano invisible. A estas rápidas visiones venia á unirse un sentimiento vago y penoso de agudo padecer, que le atormentaba sin cesar.

Avanzó así lentamente, abriéndose camino á través de las vallas y las cercas que encontraba á su paso, y al fin llegó á un camino. Allí comenzó á caer la lluvia con tal fuerza, que Oliverio volvió completamente en sí.

Mirando á su alrededor, divisó á corta distancia una casa á la cual podria acaso llegar. Al ver su estado, quizás tendrian lástima de él, y en el caso contrario, pensaba Oliverio, mas valia morir cerca de una casa habitada por seres humanos, que en la soledad de los campos. Reunió pues todas sus fuerzas para esta última tentativa y avanzó con paso incierto.

Al acercarse á la casa, figurósele vagamente que ya la habia visto; no recordaba ningun detalle pero su forma y su aspecto no le eran desconocidos.

¡La tapia de aquel jardin! mas allá el terraplen donde cayó de rodillas la noche anterior, implorando la compasion de los dos bandidos; sí, aquella era la casa que se habia querido robar.

Al reconocer donde estaba experimentó Oliverio tal temor, que olvidando por un momento el dolor que le causaba su herida, solo pensó en huir.

¡Huir! esto no era posible, porque apenas podia tenerse en pié; y aun cuando hubiera tenido toda la agilidad de la juventud, ¿dónde iria?

Empujó pues la puerta del jardin que, no estando cerrada, giró sobre sus goznes, y despues de atravesar penosamente el terraplen y subir los escalones del primer tramo, llamó con dulzura á la puerta. Entonces abandonáronle las fuerzas por completo y se dejó caer en el suelo.

En aquel momento el señor Giles, Britles y el calderero se hallaban en la cocina, reponiéndose de las fatigas y temores de la noche con un buen té y algunas viandas.

Y no se crea que entraba en las costumbres del señor Giles el dejar que los criados se tomaran demasiada libertad, nada de eso; antes por el contrario, tratábalos con cierta benevolencia altanera para que no olvidasen la superioridad de su posicion social; pero ante la muerte, los incendios y los ataques á mano armada, todos los hombres son iguales.

El señor Giles estaba pues sentado en la cocina, con las piernas cruzadas delante del fuego, y el brazo izquierdo sobre la mesa, mientras gesticulaba con el derecho, al referir minuciosamente todos los detalles del ataque nocturno, que escuchaban con avidez sus oyentes, especialmente la cocinera y la doncella.

— Serian poco mas ó menos las dos y media de la mañana, dijo el señor Giles, aunque juraria que eran mas bien las tres, cuando me desperté, y al volverme en la cama, parecióme oír cierto ruido.

Al llegar á este punto, la cocinera palideció y dijo á la doncella que hiciese el favor de cerrar la puerta: la doncella trasladó la orden á Britles, y este al calderero, quien hizo como que no oia.

— Parecióme que oia cierto ruido, continuó Giles; será una ilusion, pensé para mí, y ya iba á dormirme otra vez cuando volví á oír el ruido con mas claridad.

— ¿Qué clase de ruido? preguntó la cocinera.

— Una especie de ruido sordo, contestó Giles paseando una mirada sobre sus oyentes.

— O mas bien, el roce de una lima sobre una barra de hierro, observó Britles.

— Eso seria en el momento de oírlo vos, replicó Giles, pues en el momento que yo digo, era un ruido sordo. Arroqué pues la ropa, sentéme en la cama y escuché.

La cocinera y la doncella exclamaron á un tiempo:

— ¡Ay Dios mio! y aproximaron mutuamente sus sillas.

— Entonces oí el ruido sin que me quedase duda alguna, continuó el señor Giles; y dije para mí: Están tratando de forzar una puerta ó una ventana; ¿qué haré? Voy á prevenir á ese pobre Britles para que no se deje asesinar en su misma cama, pues de otro modo le cortarian la cabeza antes que tuviese tiempo de aperebirse de ello.

Al llegar aquí dirigiéronse todas las miradas á Britles que tenia la suya fija en el narrador, contemplándole con la boca abierta y con aire asustado.

— Pues señor, continuó Giles, mirando fijamente á la cocinera y á la doncella, aparto la ropa de la cama, me salgo fuera de ella con el mayor silencio, y poniéndome un par de... (1)

— Cuidado, que hay señoras delante, señor Giles, murmuró el calderero.

— Un par de zapatos, señor mio, replicó Giles volviéndose al interpelante y recalcando la palabra; me apodero de la pistola cargada que está siempre en la meseta de la escalera, y me dirijo á paso de lobo á la habitacion de Britles, á quien dije:

— ¡No tengais miedo!

— Es exacto, observó Britles á media voz.

— Y luego le dije: somos dos hombres muertos, segun yo creo, Britles; pero no tengais miedo.

— ¿Y no lo tuvo? preguntó la cocinera.

— Absolutamente, repuso Giles; se mostró tan firme... mirad, casi tan firme como yo.

— Yo me hubiera muerto, observó la doncella.

— Vos sois una mujer, replicó Britles, que iba serenándose.

— Britles tiene razon, dijo Giles, aprobando con un movimiento de cabeza lo que acababa de decir su amigo. Por parte de una mujer no debe esperarse otra cosa; pero nosotros, que somos hombres, cogimos un linterna sorda, que estaba en la chimenea de Britles, y bajamos la escalera á tientas en la oscuridad, de este modo.

El señor Giles acababa de levantarse; y habia dado dos ó tres pasos con los ojos cerrados para unir la accion á la palabra, cuando de repente se estremeció, así como todos sus oyentes, y volvió á sentarse apresuradamente. La cocinera y la doncella lanzaron un grito.

— Han llamado á la puerta, dijo el señor Giles; que vaya á abrir alguno.

(1) Para que se comprende mejor el sentido de esta reticencia, diremos á nuestros lectores que en Inglaterra no está bien visto nombrar ciertas prendas de la ropa interior, como la camisa ó los calzoncillos.

Nadie se movió.

— Es extraño que vengan á llamar tan temprano, dijo el señor Giles, contemplando los pálidos semblantes de sus oyentes y palideciendo él mismo; pero es preciso que alguno abra la puerta; ¿me oís?

Al hablar el señor Giles, miraba á Britles; pero este jóven que era excesivamente modesto, no se consideró probablemente como *alguno*, y persuadido de que la insinuación no iba dirigida á él, nada contestó. Entonces el señor Giles hizo una seña al calderero, pero este se habia dormido de repente.

En cuanto á las mujeres era inútil contar con ellas.

— Si Britles prefiere abrir la puerta en presencia de testigos, dijo el señor Giles despues de una pausa, no tengo inconveniente en acompañarle.

— Ni yo tampoco, añadió el calderero, que se habia despertado con la misma prontitud que se durmiera.

Britles capituló con estas condiciones, y los concurrentes, mas tranquilos, despues de haber visto al abrir las ventanas, que era muy entrado el dia, subieron la escalera.

Los perros formaban la vanguardia y las mujeres la retaguardia, porque tuvieron miedo de quedarse abajo; y por consejo del señor Giles, todos comenzaron á hablar en voz alta, para que se conociese que eran varias personas, dado caso que hubiera en la puerta algun mal intencionado.

Al señor Giles, como hombre astuto, le ocurrió otra idea luminosa, que fué pellizcar la cola á los perros en el vestibulo á fin de hacerles ladrar con fuerza.

Tomadas estas medidas de precaucion, el señor Giles, cogió del brazo al calderero, diciéndole como de broma, que era con el fin de que no se escapase, y dió la órden de abrir la puerta.

Britles obedeció, y todos, oprimidos unos contra otros, no vieron ante sí mas objeto formidable que el pobre Oliverio aniquilado y sin voz, que entreabria penosamente los ojos implorando compasion.

— ¡Un muchacho! exclamó el señor Giles, separando de sí bruscamente al calderero, ¿qué es esto?... ¡toma!... Britles... mirad... ¿no le reconocéis?

Britles, que al abrir la puerta habia tenido cuidado de colocarse detrás, lanzó un grito agudo apenas vió á Oliverio.

El señor Giles, cogiendo al chico por una pierna y un brazo (felizmente no era el brazo roto) le llevó al vestibulo y lo puso en el suelo.

— ¡Ya le tenemos, gritó Giles desde la escalera; hé aquí uno de los ladrones, señorita! ¡tenemos un ladron, señorita... herido, señorita! Yo soy quien tiró sobre él, señora, y Britles tenia la vela.

— Era una linterna, señorita, gritó Britles, poniéndose una mano junto á la boca para alargar la voz.

Las dos criadas subieron apresuradamente la escalera para llevar la noticia que el señor Giles habia capturado un ladron, y el calderero trató de hacer volver á Oliverio de su desmayo, por temor que se muriese antes de ser ahorcado.

En medio de este ruido y movimiento, oyóse una dulce voz de mujer, y todo se apaciguó al instante.

— Giles, dijo la voz desde lo alto de la escalera.

— Héme aquí, señora, contestó este; no tengais miedo, señorita, que no he salido mal. La resistencia no ha sido desesperada, pues bien pronto conoció con quién se las habia.

— ¡Chut! exclamó la dama; asustais á mi tia tanto ó mas que los ladrones. ¿Está ese pobre hombre mortalmente herido?

— Sí, señorita, herido mortalmente, contestó Giles con aire satisfecho.

— Creo que se va á morir, señorita, gritó Britles; ¿no quereis venir á verle en el caso de que?...

— ¡Silencio! replicó la dama, yo os lo ruego. Esperad un momento hasta que hable con mi tia.

Con tanta dulzura en su voz como gracia en el andar, alejóse la jóven y volvió en seguida para mandar que se trasportase el herido á la habitacion de Giles, ordenando asimismo á Britles que fuese inmediatamente á Chertsey para llamar á toda prisa á un constable y á un médico.

— ¿No quereis verle, señorita? preguntó Giles con tanto orgullo como si Oliverio fuese algun ave de plumaje raro, abatido de un tiro que hiciera honor á su destreza: ¿no quereis señorita, echarle una ojeada?

— No, por nada del mundo, repuso la jóven; ¡pobre muchacho! ¡Oh! tratadle bien, aunque no sea mas que por amor mio.

El viejo criado la miró alejarse con tanto orgullo y admiracion como si fuese su propia hija, é inclinándose despues sobre Oliverio, ayudó á trasportarle con el cuidado y la solicitud de una mujer.

XXIX.

En un bonito comedor amueblado á la antigua, mas bien con arreglo á la comodidad de otros tiempos, que conforme á las leyes de la elegancia moderna, dos damas, sentadas á una mesa bien servida, se disponian á empezar su almuerzo, mientras el señor Giles, con traje de ceremonia, completamente negro, se ocupaba en servirlos.

De pié entre el aparador y la mesa, con el cuerpo erguido, la cabeza un poco inclinada, la pierna izquierda hácia adelante, una mano en el chaleco y la otra pendiente con un plato, el señor Giles tenia todo el aire de

un hombre bien penetrado del sentimiento de su mérito é importancia.

De las dos señoras, una era de edad avanzada, pero tan derecha como el elevado respaldo de su silla de encina. Su traje, extremadamente pulcro, ofrecia una mezcla de las antiguas modas con algunas ligeras concesiones al gusto moderno, que lejos de atenuar el efecto de las primeras, las hacian por el contrario resaltar agradablemente.

Con un aspecto lleno de dignidad, tenia las manos juntas y puestas sobre la mesa, fijando atentamente sobre su jóven compañera dos ojos cuyo brillo apenas habian debilitado los años.

La jóven estaba en la flor de la juventud y de la hermosura, y bien pudiera decirse sin temor de ser impio, que si alguna vez los ángeles, para ejecutar la voluntad de Dios, soñaron con una forma mortal, debieron tomar unas facciones semejantes á las suyas.

Contaba á lo sumo diez y siete años; era su talle tan esbelto y tan gracioso, sus facciones tan hermosas y tan puras, la expresion de su semblante tan dulce y tan suave, que no parecia que fuese la tierra su elemento, ni las otras mujeres sus semejantes.

La inteligencia que brillaba en sus azules y divinos ojos, iluminando su noble frente, no parecia propia de su edad ni de este mundo.

La dulzura, la alegría y la sonrisa de la felicidad, reflejábanse á la vez en su rostro, y á todos estos encantos uníase un corazon animado de los sentimientos mas puros y afectuosos que puedan encontrarse en nuestra naturaleza.

En tanto que la anciana contemplaba á la jóven, esta alzó los ojos por casualidad y echó graciosamente hácia atrás sus trenzados cabellos; habia en su mirada tal expresion de afecto é ingénua ternura, que no se la podia mirar sin amarla.

La anciana se sonrió; pero su corazon se desbordaba y al sonreír dejó escapar una lágrima.

— Ya hace mas de una hora que se fué Britles, ¿no es verdad? preguntó despues de una pausa.

— Una hora y doce minutos, contestó Giles consultando un reloj de plata suspendido de una cinta negra.

— Nunca se da prisa, observó la anciana.

— Britles ha sido siempre un muchacho muy cachazudo, señora, contestó el criado, lo cual equivale á decir, que si Britles no se ha dado prisa desde hace treinta años, hay poca esperanza de que sea alguna vez activo.

— Lejos de corregirse, empeora, á lo que parece, repuso la anciana.

— Se le puede dispensar, si es que se entretiene con los otros muchachos, dijo la jóven sonriéndose.

El señor Giles reflexionaba sin duda, si deberia permitirle una sonrisa respetuosa, cuando se detuvo un coche á la puerta del jardin.

Un caballero grueso bajó precipitadamente, y entrando en la casa sin hacerse anunciar, lanzóse en el comedor donde á poco derriba la mesa y al mismo señor Giles.

— ¿Habrás visto cosa semejante, exclamó, mi querida señora Maylie? ¿Será posible!... ¡Y por la noche! Jamás he visto cosa parecida.

Así diciendo el caballero grueso ofreció su mano á las señoras, y sentándose á su lado preguntólas por su salud.

— Habia para morir, exclamó el caballero grueso... sí, para morir de miedo. ¿Por qué no enviarme á buscar? Mi criado hubiera venido al instante, y con mi ayuda... ó la de cualquiera... ¡Oh, hubiéramos tenido un verdadero placer en esta circunstancia... tan imprevisible... y siendo de noche!

El doctor pareció conmovirse principalmente á la idea de que los ladrones hubiesen venido á la imprevisa y de noche, como si estos señores tuviesen la costumbre de despachar sus asuntos en pleno dia y anunciar su visita por medio de una esquila dos ó tres dias antes.

— ¿Y vos, señorita Rosa? preguntó el doctor dirigiéndose á la jóven, ¿habeis tenido...?

— ¡Oh! mucho, en verdad, dijo Rosa interrumpiéndole; pero hay allá arriba un infeliz á quien desea mi tia que veais.

— Ciertamente, repuso el doctor; segun parece, ¿sois vos, señor Giles, quien le ha puesto en ese estado?

El señor Giles, que en aquel momento alineaba las tazas, poseido de la mayor agitacion, se puso muy colorado y dijo que en efecto era él quien habia tenido aquel honor.

— ¡Ese honor! contestó el médico; vamos, no lo entiendo: acaso sea tan honroso el tirar á boca de jarro sobre un ladron que se halla en una cocina, como tocar á su adversario á quince pasos de distancia. Figuraos, señor Giles, que él ha tirado al aire y que vos os habeis batido en duelo.

El señor Giles, que veia en este modo tan ligero de tratar las cosas una injusta apreciacion contra su gloria, contestó respetuosamente que no le tocaba á él juzgar la cuestion; pero que de todos modos su adversario era el que habia llevado la peor parte.

— ¡Bah, es verdad! dijo el doctor. ¿Dónde se halla? mostradme el camino. Tendré el gusto de veros al bajar, señora. ¡Ah! hé aqui la ventanita por donde entró. Jamás hubiera creído que se pudiese pasar por ahí.

Y continuando en sus reflexiones, el doctor subió la escalera detrás del señor Giles.

Conviene advertir que el señor Losborne, cirujano del vecindario, conocido en todo el pais con el nombre de doctor, debia su clientela mas bien á su buen humor

que á su ciencia; era un buen señor de gran corazon y originalidad, tal como no se hubiera encontrado en veinte leguas á la redonda.

Permaneció arriba mucho mas tiempo del que él y las señoras esperaban, y al fin hubo que ir á su coche á sacar una caja grande.

La campanilla de la alcoba se hizo oír con frecuencia; los criados subieron y bajaron la escalera mas de veinte veces, y pudo conocerse que ocurría alguna cosa grave.

Al fin bajó el doctor, y á las reiteradas preguntas que se le dirigieron acerca del enfermo, tomó un aspecto misterioso y cerró la puerta cuidadosamente.

— Es una cosa muy extraordinaria, señora Maylie, dijo el doctor, apoyándose contra la puerta para tenerla cerrada.

— Espero que no se halla en peligro, repuso la señora.

— Nada tendria de extraño que así fuese; pero me parece que no. ¿Habeis visto á ese ladron?

— No, contestó la señora Maylie; ¿sabeis algo de él?

— Nada.

— Dispensadme, señora, interrumpió Giles; iba á daros algunas noticias cuando entró el doctor.

La verdad es, que Giles no pudo decidirse á confesar en el primer momento que habia tirado sobre un muchacho. Su bravura le valió tantos elogios, que nada en el mundo le hubiera impedido diferir un poco la explicacion, á fin de disfrutar con delicia, al menos por algunos instantes, de su reputacion de valor é intrepidez.

— Rosa queria ver á ese hombre, dijo la señora Maylie; pero yo me he opuesto á ello.

— ¡Hum! murmuró el doctor, no hay nada de qué asustarse; ¿rehusareis verle en mi presencia?

— De ningún modo, si hay necesidad de ello, replicó la señora Maylie.

— Me parece en efecto que es necesario, dijo el doctor, y estoy seguro que sentireis no haberle visto antes. Ahora está tranquilo; ¿Quereis subir, señorita Rosa? No hay absolutamente temor alguno, yo os lo juro.

XXX.

Despues de haber reiterado á las damas la seguridad de que quedarían agradablemente sorprendidas á la vista del criminal, el doctor ofreció el brazo á la señorita Rosa, dió la mano á la señora Maylie, y las condujo con mucha ceremonia á lo alto de la escalera.

— Ahora, murmuró el doctor en voz baja, volviendo suavemente la llave en la cerradura, vais á decirme lo que pensais. Aunque no está afeitado, no por eso tiene el aspecto mas feroz; esperad.... dejadme ver si podeis entrar.

El doctor entró primero, y despues de pasear una mirada por la habitacion, hizo seña á las señoras para que entraran; despues, adelantóse á cerrar la puerta, y apartó suavemente las cortinas del lecho.

Sobre aquella cama, en vez del bribon de aspecto repugnante, que esperaban ver, se hallaba echado un pobre chico, aniquilado por la fatiga y el sufrimiento, y sumido en un profundo sueño.

Uno de sus brazos cubiertos por una venda, descansaba sobre su pecho, apoyando sobre el otro su cabeza, medio oculta por una larga cabellera, que flotaba sobre la almohada.

El honrado doctor, sosteniendo la cortina, permaneció un instante contemplando en silencio al pobre herido.

En tanto que le examinaba, acercóse lentamente la jóven, se sentó al lado de la cama, apartó los cabellos que cubrian la frente de Oliverio, é inclinándose sobre él dejó caer dos ó tres lágrimas sobre su frente.

Estremecióse el niño y sonrió en su sueño como si aquellas pruebas de piedad y compasion le hiciesen soñar con sentimientos de afecto y amor, que nunca habia conocido.

Del mismo modo sucede que los dulces acordes de una música armoniosa, el murmullo del agua en el silencio de los bosques, el perfume de una flor, y aun el empleo de una voz que nos es familiar, traen á veces á nuestra imaginacion el vago recuerdo de escenas sin realidad en nuestra vida; recuerdo fugaz que se disipa como un soplo, y que parece enlazarse con una existencia feliz que se disfrutó en otro tiempo, porque el espíritu humano no alcanza á reproducirla ni á fijarla.

— ¿Qué es esto? exclamó la señora; es imposible que ese pobre muchacho sea cómplice de los ladrones.

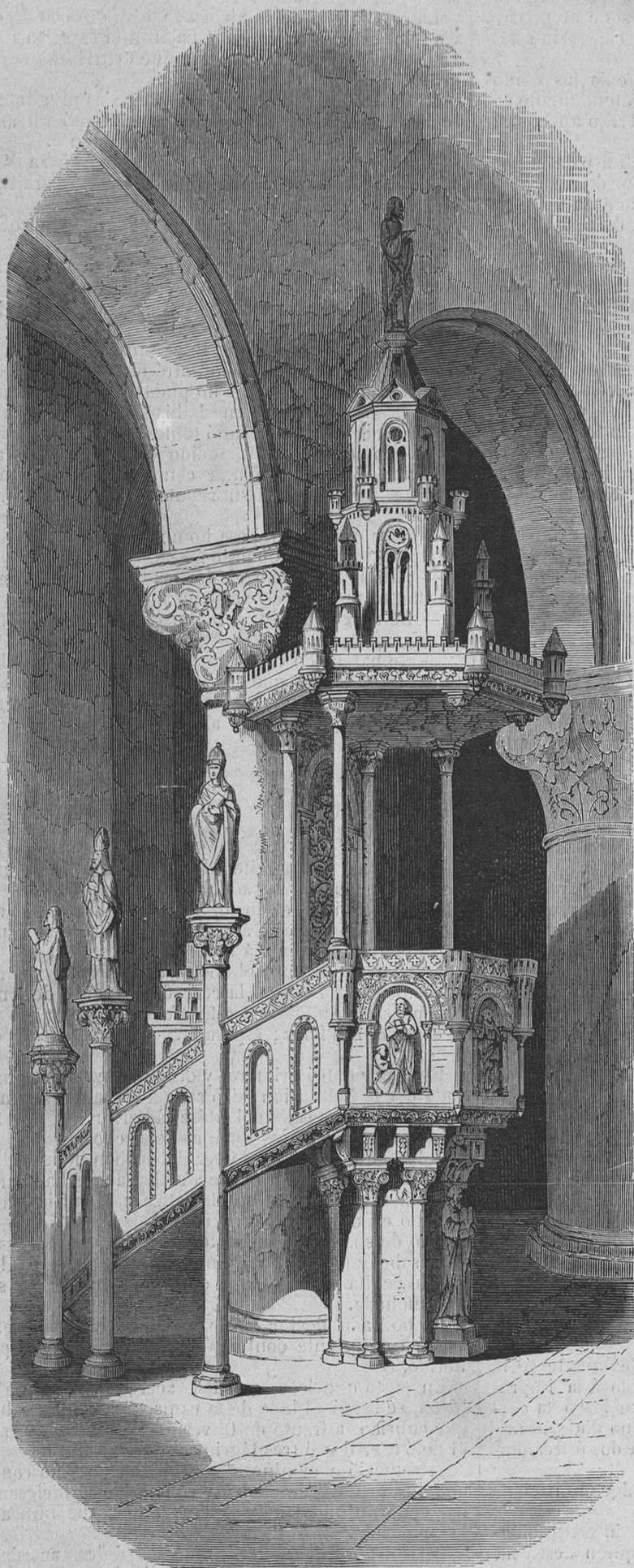
— El vicio, repuso el doctor dejando caer la cortina, se alberga en muchos corazones; ¡quién sabe si no se ocultará tambien bajo esa apariencia tan seductora!

— ¡Pero es tan jóven! dijo Rosa.

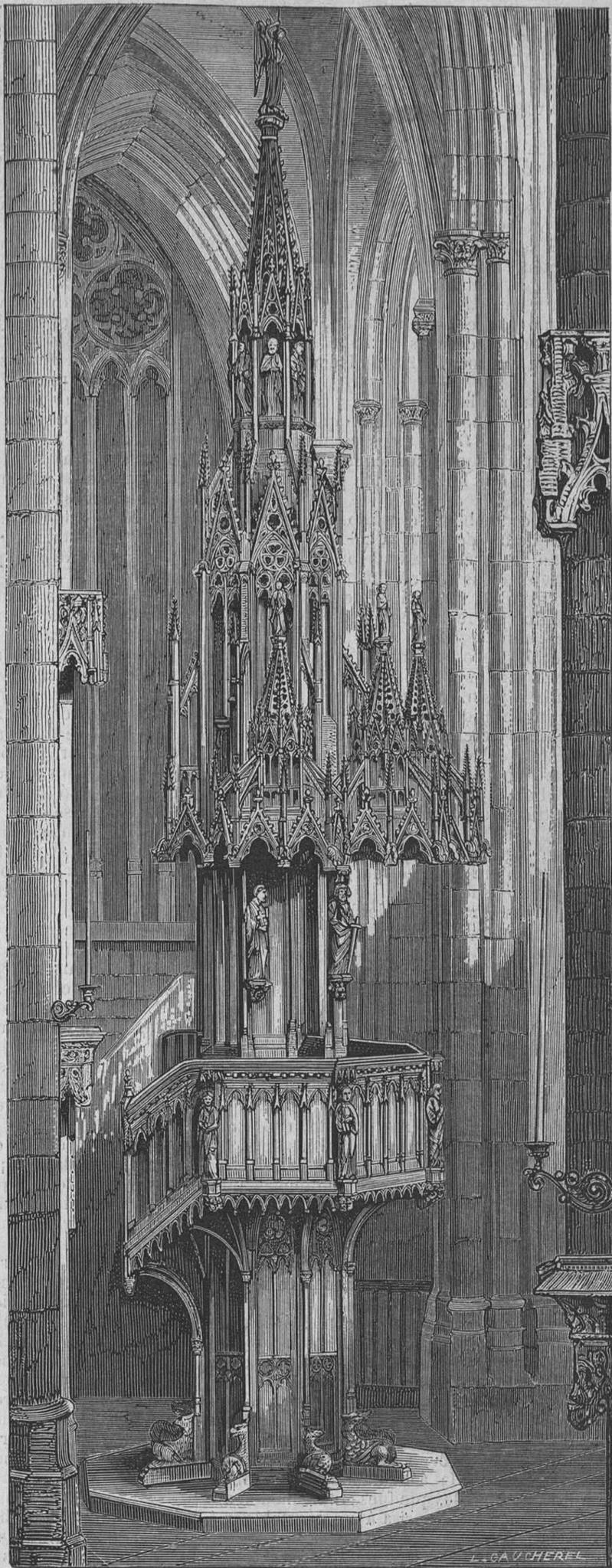
— Mi querida señorita, continuó el cirujano moviendo tristemente la cabeza, el crimen es como la muerte, no se ceba solo en la vejez y la decrepitud; la juventud y la hermosura son con harta frecuencia las víctimas que prefiere.

— Pero, caballero, no es posible, dijo Rosa; vos no podeis creer que este niño tan delicado se haya unido voluntariamente á esos bandidos.

El cirujano se encogió de hombros, como indicando que no veía en ello nada de imposible, y despues de hacer observar que la conversacion podria turbar el sueño del herido, condujo á las dos señoras á una habitacion contigua.



Púlpito de la iglesia de Altkirck.



Púlpito de Saint-Ouen, en Ruan.

— Pero aun cuando sea culpable, continuó Rosa, ved que aun es muy joven; pensad que quizás no ha conocido nunca el amor de una madre, la tranquilidad del hogar doméstico; que los malos tratamientos, los golpes y el hambre, le han inducido tal vez á unirse con hombres que le han obligado al crimen. Tia mia, mi buena tia, os suplico que reflexioneis en todo esto antes de permitir que conduzcan á una prision á ese pobre muchacho herido, porque esto seria quitarle desde luego toda esperanza de llegar á ser bueno. A vos, que me amais tanto; que por vuestra bondad y afecto, habeis sido para mi una madre, preservándome del abandono en que pude caer, como ese muchacho, os ruego encarecidamente tengais compasion de él, ahora que todavia es tiempo.

— ¡Querida niña! repuso la anciana estrechando contra su corazon á la joven, que se deshacia en lágrimas; ¿crees tú que yo deseo que caiga un solo cabello de su cabeza?

(Se continuará.)

Púlpitos de la iglesia de Altkirck

Y DE LA IGLESIA SAINT-OUEN, EN RUAN.

Los magníficos púlpitos presentados en la Exposicion universal por diferentes fabricantes de Francia y del extranjero, dan oportunidad á la reproduccion de las dos admirables obras que ofrecemos en esta página. No analizaremos en detalle el de la iglesia de Altkirck, esa obra maestra creada por un hábil cincel, que presenta un conjunto completo y armonioso, donde la esbelta elegancia de la forma contribuye al desarrollo de un pensamiento cristiano. Apoyado en una de las columnas de la nave, este púlpito descansa sobre un pilar macizo, al que toca la estatua de Moisés, que representa la ley antigua. En los nichos de la caja están los cuatro evangelistas con sus atributos. La baranda de la escalera en espiral está sostenida por columnas de un efecto muy original, sobre cuyos capiteles los artistas, MM. Laurent hermanos, han colocado las estatuas de los padres

de la Iglesia san Basilio, san Juan, san Agustin, san Gregorio y san Bernardo. La puerta de entrada, de hierro batido, de un hermoso trabajo, está dominada por la estatua de san José. El techo se compone de un conjunto de paredes almenadas con pórticos y torres románicas, simbolo de la ciudad celeste, que corona la estatua de Jesucristo teniendo en una mano el libro de verdad, y bendiciendo con la otra á los que oyen la palabra sagrada.

El púlpito de Saint-Ouen se construyó en Ruan al estilo mas elegante del siglo XIV, sobre los planos de M. E. Demarest, arquitecto del departamento del Sena Inferior. La ejecucion de la carpinteria, que presentaba grandes dificultades por la complicacion de los cortes y por el trabajo de detalle, hace el mayor honor á M. Chevalier. La escultura de ornato es debida á M. Bonnet, y M. Jean es el autor de las figuras.

Esta obra notabilísima se halla al nivel de lo mas perfecto que ha producido hasta aqui el renacimiento del estilo gótico.

A. D.